

## **El diálogo conyugal**

**Retiro Matrimonios  
Movimiento de Schoenstatt  
Lima – Perú, Septiembre 2009  
P. Rafael Fernández**

- Primera Charla: Pruebas que enfrenta un matrimonio.**
- Segunda Charla: Cómo enfrentar las pruebas en el matrimonio.**
- Tercera Charla: Cómo sacar provecho de las dificultades.**
- Cuarta Charla: Qué nos pide Dios con los problemas.**
- Quinta Charla: El verdadero sentido de las cruces.**
- Sexta Charla: Enfrentar las cruces, juntos, como matrimonio.**

## Primera charla

### Pruebas que enfrenta un matrimonio

#### 1. Introducción

Cuando pensamos en este retiro, pedí que me dieran una sugerencia respecto del tema. Me indicaron un tema que es muy atingente, pero muy amplio, porque me pidieron que hablara de todas las pruebas por las que pasa un matrimonio en las diversas etapas de su vida matrimonial y familiar.

Es un tema bastante amplio; las pruebas son muchas, diversos tipos y cada etapa del matrimonio tiene nuevos desafíos, nuevas cruces. De tal manera que tratar todo esto en concreto y en particular requiere mucho tiempo. Sin embargo, es posible hacer lo siguiente.

Tomaremos el tema en general y ustedes serán quienes lo individualizarán y aplicarán.

Vamos a dar un panorama general y luego veremos los diversos problemas, cruces y problemas y luego veremos qué actitud asumimos frente a ellos. Actitudes negativas, que no conducen a nada y actitudes positivas. Cómo podemos asimilar, cómo podemos enfrentar creadoramente, positivamente nuestras cruces, nuestros problemas.

Esto nos tomará gran parte del tiempo de nuestro encuentro. En este contexto, vamos a presentar distintos puntos de apoyo para enfrentar nuestra realidad.

La idea es que cada uno de ustedes vaya individualizando en qué momento se encuentra.

#### 2. Cruces que enfrentamos

En nuestra vida siempre hay problemas, de lo contrario, estaríamos en el cielo. Nuestra vida siempre tiene cruces, si no, tendríamos que ser como las abejas, las hormigas que funcionan perfectamente, nunca se equivocan y, por lo tanto, no tienen problemas. Simplemente viven como están programadas. Nuestra programación es muy diversa; siempre tendremos cruces y esas cruces son ineludibles. Si nosotros les hacemos el quite a esas cruces y problemas, si los ignoramos, terminamos, en gran parte, destruyéndonos a nosotros mismos, a nuestra familia y a todos los que nos rodean.

Estas cruces son de diversa índole.

##### 2.1. Hay cruces que arrastraremos durante toda nuestra existencia:

Son difíciles, no cambian. Hay cosas que pertenecen a nuestro ser como criaturas y como criaturas limitadas, marcadas por experiencia y realidades dolorosas.

##### 2.2. Hay cruces que pasan:

Cruces que duran un tiempo de mucha prueba, en que tendremos que descender a un foso sin vislumbrar ninguna luz. Pero, después de algunos días o de algunos meses o de algunos años, pasan.

### **2.3. Hay cruces que nos duelen:**

Cruces que nos afectan, que nos hieren enormemente no sólo a cada uno como persona sino a nosotros como matrimonio, como pareja. Porque la cruz de uno es la cruz del otro.

Todo esto será materia de nuestro retiro. Quizás podríamos haber tomado otra perspectiva; partiendo por los lados positivos de nuestra vida matrimonial. Hay muchos lados hermosos, porque la vida no es solamente cruces. Si vemos la vida de Cristo, él vivió treinta años ciertamente con limitaciones, en una familia sencilla, de trabajo, con las molestias y penurias de cada día. En la Familia de Nazaret, entre ellos, no hubo problemas, quizás hubo problemas de comprensión. Pensemos cuando Jesús se perdió y la Virgen y José angustiados buscaban a su hijo durante tres días... Imagínense lo que significó eso para ellos... Tampoco fue una vida totalmente feliz. Alguna vez ustedes perdieron de vista a un hijo por un momento y se desesperaron. Cuando la Virgen y José encontraron al Niño lo reprendieron y él les da una respuesta que ellos no entendieron... Hay una cantidad enorme de cosas que ellos no comprendieron. Para nosotros, creer en Dios, creer en el Señor es relativamente fácil, nunca totalmente fácil. Pero para la Virgen fue muchísimo más difícil que para nosotros... ¡Creer que su Hijo es Dios y después verlo sufrir y morir en esa forma atroz...!

Nuestra vida tiene que contar con cruces y sufrimientos. Pensemos en las enfermedades; enfermedades pasajeras y a veces por toda la vida. Sabemos lo difícil que es una enfermedad grave, con un pronóstico incierto. Es una cruz que llevamos muy a menudo es la situación económica. Los tiempos de crisis vienen cíclicamente; crisis asiática, crisis mundial actual que ha impactado a muchos de nosotros dejándonos sin trabajo o con una inseguridad en el trabajo, con sueldos más bajos... No es fácil asumir esto. Muchas personas se desesperan y muchas veces, hay matrimonios que se rompen por una situación de crisis económica, de subsistencia.

### **2.4. Hay situaciones difíciles con los hijos;**

No creo que haya una familia que no tenga problemas con los hijos. Hay una que otra, pero la mayoría de los matrimonios tienen problemas al menos con un hijo, en alguna etapa, especialmente en la adolescencia.

Pensemos también en los conflictos matrimoniales, de pareja, que a veces son muy fuertes y frente a ellos las discusiones van subiendo de tono y muchas veces llevan a no hablarse, a no comunicarse, a no aguantarse uno al otro.

Éstas son ciertas realidades que vivimos y que no nos son ajenas ni extrañas.

Cuando yo empecé a trabajar con matrimonios y escuché que había algunos matrimonios que no se hablaban durante algunos días, me pareció muy extraño. Yo nunca había escuchado que mis papás no se hablaran y no creía que era posible. Después me di cuenta que era muy posible y bastante.

Pensemos que hay matrimonios que viven juntos y que tienen un pacto de no agresión porque las agresiones han sido demasiadas. Y esto no es raro. Muchos pasan por esta situación.

Pensemos en otro tipo de cruces, que vienen desde otros lados.

Hay *fraudes, estafas*, de amigos, socios, y que nos crean problemas matrimoniales y familiares y que tenemos que asumir. No son nada de fáciles. *Difamaciones, deshonras*. Todas éstas son cruces que nos afectan.

Hay *infidelidades* que tampoco son extrañas. No es raro que se den y se dan siempre de nuevo. Una infidelidad duele enormemente; quedan heridas y cómo se sanan esas heridas...

La *violencia* que muchas veces existe entre los esposos, en la familia. Violencia psicológica, física, verbal. Y esto sucede en todos los sectores y niveles sociales.

Podríamos seguir nombrando cruces. Hay una gama muy amplia de cruces, de conflictos.

Estas realidades, cuando las sufrimos, generan consecuencias, efectos, que son comunes. Las cruces pueden ser distintas pero sus efectos son más semejantes.

### **3. Efectos de estas cruces**

¿Qué nos pasa?

#### **3.1. Las tensiones:**

Andamos tensos., conflictuados; somos un atado de nervios y explotamos por cualquier cosa. Estamos estresados y se producen choques con las otras personas. El problema interior, de alguna manera, explotan.

La angustia y el stress son las características más propias de nuestro tiempo. Estamos angustiados económicamente, por enfermedades, por los hijos, por miles de cosas... La angustia lleva a ataques de pánicos, de miedos, y se cae en la depresión y viene el derrumbe como personas y como matrimonio. Viene un agotamiento, una saturación de todo y terminamos en amarguras y en tedios, en no ganas de vivir. En algunos casos, este estado lleva al suicidio.

Estos efectos son serios y muy comunes.

#### **3.2. ¿Cuál es la solución que suele tomarse frente a los problemas?**

##### **Las compensaciones:**

Si estamos tensos, angustiados, buscamos un escape, *una compensación* porque no soportamos esta angustia. Estos escapes, estas compensaciones son diversas.

Unos buscan este escape, la distensión, en *el alcohol* como un refugio, como una *compensación* para olvidarse de esta angustia.

Otros caen en *las drogas*. Sabemos cuánta adicción a las drogas existe hoy día. ¿Por qué? Porque las personas están interiormente sofocadas ya sea por, la presión del trabajo o por la presión familiar o por miles de otros problemas que, de alguna manera, tienden a escapar buscando una compensación ya sea en el alcohol, en las drogas, en el sexo. Se produce un descalabro y se busca el desahogo en algo que está a mano.

El *desorden, el desenfreno sexual* son muy frecuentes. Muchos son los que caen en este desenfreno aunque sea ficticio, aunque sea efímero, aunque acarree más

problemas. Hay una compulsión interior, a veces contra lo que la misma persona quisiera.

La crítica negativa es otra manera de escapar. Esta búsqueda de compensaciones lleva muchas veces a algo nada de agradable. Hay personas que destilan amarguras *criticando todo*. En el fondo, esa amargura que llevan interiormente los lleva a desahogarse criticando todo, tirando mugre para todos lados. La persona que lleva una desazón interior trasunta esta amargura a través de la crítica y se convierte en una persona insoportable.

Todas estas cosas son una realidad y se dan con frecuencia.

*El trabajo desenfrenado* es otra forma de escape y de compensación. La persona se hunde en un trabajo excesivo para olvidarse de todos los problemas y para decir, de alguna manera, cuánto vale.

*La televisión, la computación, el Internet* son otras formas de compensación. Hay personas que pasan todo el día enchufados en el computador para olvidarse y escapar de sus problemas, de la esposa, de los niños. Se encierran, se adormecen, se dopan con la televisión, con el Internet.

Todas estas formas son escapes, desahogos, comprensiones que generan muchas veces una cultura no sólo a nivel personal sino a nivel familiar, matrimonial. ¡Cuántos matrimonios se separan por algunas de estas compensaciones!

Como conclusión podemos decir que si no enfrentamos nuestra realidad, los problemas que tenemos, o si los enfrentamos mal, no terminaremos bien o terminaremos peor de lo que estamos viviendo. Es algo de supervivencia; nadie nació para ser infeliz, para vivir conflictuados. Nacimos para ser felices, para tener una vida en paz, agradable. Ciertamente con cruces, con problemas pero sabiendo cómo asumir estas cruces y problemas, sin ser aplastados por ellas.

Tenemos que saber encontrar un sentido, una solución a nuestras cruces, a nuestros problemas.

Pensemos que con esta realidad muchas veces se destruye un matrimonio, se destruye la fe en Dios. Empezamos a dudar de Dios; cómo él, siendo bueno, permite tales y tales problemas, una enfermedad, una crisis económica, una cesantía, etc. Muchas personas dejan de creer en Dios, pierden la fe: Dios no existe, no nos escucha, no nos ayuda. Cuántas personas que pertenecen a la Familia de Schoenstatt se retiran del Movimiento, del grupo parroquial. ¿Por qué? Porque están pasando por una prueba y aunque debieran acercarse más a Dios, más a su comunidad en estas circunstancias. También el impacto de estas tensiones lleva a los matrimonios a separarse.

### **3.3. ¿Cómo salimos adelante nosotros?**

Decíamos que hay personas que no enfrentan su realidad, que no saben cómo hacerlo y por ello se enferman psicológica y físicamente. No saben cómo enfrentar estas situaciones y se ahogan; a veces, incluso, no en un mar sino en una gota de agua.

Hay personas que enfrentan mal esta situación, como lo describimos anteriormente.

*¿Cómo enfrentamos nosotros estas situaciones difíciles?*

### **3.3.1. No extrañarse de esta realidad**

En primer lugar, no debemos extrañarnos que en nuestra vida haya problemas económicos, de enfermedades, de los hijos. Somos humanos y donde hay hombres suceden cosas humanas. Estas situaciones no son una novedad. Cada uno de nosotros ha caído, ha pecado; no todo ha sido siempre miel sobre hojuelas. No nos extrañemos si tenemos problemas. Las cruces, los problemas pertenecen a nuestra existencia. La vida es dura; no es solamente dura. Hay muchas luces, hay muchas cosas hermosas, pero también hay oscuridades profundas, menos tenues, más o menos claras, como sean. La vida rosa no existe. Pretender una vida sin cruces es una utopía. Habría que decir por qué se separan tanto los matrimonios, las parejas; por qué hay tantos divorcios. Por creer que la vida es una utopía y no se prepararon para lo difícil, para lo duro; porque creyeron que siempre todo resultaría bien y que siempre habría una salida para todo. Pero de repente encontramos cosas que no tienen solución, que no tienen una salida. Y que este cónyuge mío tiene este problema o este defecto, y lo tendrán para siempre.

La sociedad actual no quiere hablar de cruces, de sufrimientos; y da todas las soluciones para pasarlo bien: seguros, viajes, terapias, pastillas, etc. etc. Muchas personas carecen de una consistencia espiritual para enfrentar las cruces y se derrumban demasiado fácilmente.

Nosotros queremos ser realistas, no pesimistas. Y decidimos enfrentar las cruces, las situaciones difíciles y no nos extrañamos de estas situaciones. Las asumimos como una posibilidad para crecer, un desafío para enriquecernos y nos esforzamos por superarlas. Y como matrimonios decidimos asumir juntos estas cruces que enfrentamos para llegar a resultados más importantes que tener dinero, por ejemplo.

Muchas veces no podremos cambiar las cosas, como son las enfermedades incurables, por ejemplo. ¿Cómo crecer en esto, cómo enriquecernos con estas situaciones?

## **4. Un trabajo personal**

Ahora haremos un pequeño trabajo personal, netamente personal, individual.

Cada persona debe especificar cuál es su cruz o cuáles son sus cruces ahora, en esta etapa, en estos años, personalmente, como matrimonio. Identificarlas con nombre y apellido y ver qué hay detrás de esta cruz.

1. ¿Qué me hace sufrir, qué me duele? Puede ser algo mío, algo de mi cónyuge, algo de mis hijos. ¿Por qué cruz estoy pasando ahora? ¿Hay algo en mí que me pone tenso, que me amarga, que me aporalema? ¿Estoy nervioso por algo? ¿Tengo alguna angustia? ¿Cuál es esa angustia? ¿Por qué tal situación es una cruz para mí, en qué me afecta?

2. No solamente identificar estas cruces, estos problemas, sino que ver cuál es la raíz de estos problemas.

3. ¿Cuál ha sido en general mi reacción frente a estas cruces? ¿Por dónde tiendo a escaparme, cómo, por dónde me desahogo? ¿Qué compensación busco yo a esta

carencia que siento? ¿Cómo la compenso, qué escape tengo? Hemos nombrado varios caminos de escapes, de desahogos.

## **Segunda charla**

### **Cómo enfrentar las pruebas en el matrimonio**

#### **1. Actitud frente a los problemas**

El peor favor que nos podemos hacer es no enfrentar nuestra realidad. Porque el problema quedará pero no solucionado. Es como meter la cabeza en la arena para no ver el problema.

Hay muchas formas de esquivar los problemas. No queremos hacer nada de estas cosas. Pero tenemos que enfrentar nuestros problemas. Y esto no es fácil, requiere una decisión. Hay que tirarse al agua, tomar el toro por las astas. No dejar nada sin una respuesta positiva. No podemos descansar hasta que los problemas, las cruces, nos hagan crecer. Por eso, no hacemos el quite a las cruces, sino que vemos en ellas un desafío para crecer, para enriquecernos como personas y como matrimonio; crecer más allá del estado en que nos encontramos actualmente. Aunque el problema, objetivamente siga igual, pero lo vivimos en forma distinta.

Para encontrar una salida positiva a un problema tenemos que tener ciertos puntos de apoyo.

#### **2. Puntos de apoyo para enfrentar los problemas**

Nombraremos tres.

##### ***2.1. Una fe sólida en la divina Providencia.***

Es el apoyo fundamental y que muchas veces damos por evidente pero no es nada evidente. No se trata de una fe en una divina Providencia en general, sino en la Providencia de Dios en mi vida, en mi realidad personal.

##### ***2.2. Una actitud activa***

Sea cual sea el camino para superar o enfrentar los problemas, nuestra actitud debe ser una actitud activa. Tenemos que decidirnos a solucionar el problema. No pedimos un milagro, sino que tenemos que tener una actitud activa. No nos evadimos en una fe milagrosa y esperar que la solución nos venga del cielo. Nuestra fe es una fe acompañada de nuestra acción. Si nuestro problema es como matrimonio, ambos nos decidimos a hacer lo posible para solucionar nuestro problema. No somos ni derrotistas, ni pasivistas, ni titánicos, ni dioses. Somos personas humanas con inteligencia, con voluntad, con talentos y tenemos que poner manos a la obra. A Dios rogando y con el mazo dando...

##### ***2.3. El apoyo de los otros***

Necesitamos de los demás, desde luego, nuestro cónyuge. Normalmente, no solucionaremos solos los problemas. Incluso nosotros, los sacerdotes, que pertenecemos a una comunidad religiosa, tenemos que apoyarnos en la comunidad. Somos mucho más solitarios que ustedes, los laicos. Ustedes tienen una gracia inmensa; son dos, una sola carne para apoyarse, para acompañarse, para trabajar



juntos en la solución de sus problemas. Esto, muchas veces, no lo aprovechan, no lo hacen. Viven como individuos, como si fuesen solos. Hay una expresión que dice: ¡Hay de los solitarios!

Necesitamos de los demás y en forma especial a nuestro cónyuge para solucionar nuestros problemas, sean personales o matrimoniales. Son nuestros problemas y los solucionamos juntos.

Sin estos dos apoyos últimos, el primer apoyo es difícil, porque Dios no edifica en el aire, sino con el apoyo personal y de los otros. Muchas veces vivimos muy mal nuestra fe o en forma muy imperfecta.

Vamos a quedarnos en el primer apoyo. ¿En qué consiste nuestra vida cristiana? Todos creemos en Dios, pero ¿cómo creemos en Dios y en qué Dios creemos?

### **3. Cómo es ese Dios en quien creemos**

Quizás creemos en el Dios de la Biblia, en el Dios de los altares. Tenemos ciertas convicciones de fe; recitamos el Credo. Nuestra fe significa creer en ciertas cosas. Pensamos que creemos porque tenemos ciertas devociones, porque practicamos ciertos atavismos religiosos y pensamos que porque los practicamos estamos con Dios. Pedimos milagros. Ciertamente Dios los hace pero son una rara excepción. Hay personas que sólo quieren vivir la fe en base a milagros, pidiendo que Dios intervenga en forma extraordinaria. Normalmente Dios no interviene así.

Muchas veces, nuestra fe se reduce a prácticas religiosas que no tocan la vida, que no tocan nuestra vida. Podemos ir a misa, podemos rezar el rosario todos los días, comulgar, pero en mi vida normal no está Dios presente. No tenemos que auto-engañarnos pensando que creemos en Dios. Creemos en Dios pero en un Dios muy teórico, no en el Dios de la vida. Si realmente creyéramos en Dios, nunca estaríamos tan estresados, tan angustiados, tan aporados. Por lo tanto, no creemos en Dios, no creemos que él está presente en nuestros problemas; no creemos que en el lugar donde más encontraremos a Dios es en nuestros problemas, más que en la Eucaristía, más que leyendo la Biblia, aunque decir esto parezca una herejía. Dios golpea nuestra puerta a través de nuestros problemas, de nuestras crisis, de nuestras fallas.

#### ***Dios es un Dios real***

Dios está en nuestros problemas y él solamente puede darles un sentido. Esto requiere tener una fe en que Dios existe, en que Dios es sabio, es bueno, es poderoso, es fiel y que interviene en mi vida con todos sus atributos. Que todo lo que él es lo aplica en mi vida, en mi existencia, para conducir mi vida: su poder, su sabiduría, su bondad, su amor. Dios no se olvidó de mí, no me dejó a la deriva y cuando más cerca está de nosotros es cuando estamos en un foso, cuando no vemos nada, cuando estamos angustiados.

Por lo tanto, creemos en un *Dios que es real*, que interviene en nuestra vida en concreto. Es el Dios de Isaac, de Abraham y de Jacob y es mi Dios. Éste es el Dios del P. Kentenich, de nuestra Familia de Schoenstatt. Y ese Dios, muchas veces es incomprensible a primera vista. Nos parece incomprensible porque ese Dios nos creó a nosotros como personas libres y al crearnos como personas libres nos dio la posibilidad

de. Incluso, ponernos en contra suya, de darle vueltas las espaldas y decidir manejar nuestra vida solos, lejos de él.

### ***Dios se arriesgó a crearnos como seres dotados de libertad***

Por esta desobediencia, por este pecado nuestro, entra el mal en el mundo, en las estructuras, en nuestra vida personal, en nuestro matrimonio, en todas partes. Es el “pago” de ser libres. De lo contrario, seríamos como las abejas, como las hormigas que tienen todo determinado y no se angustian por nada.

Nuestro mapa está muy revuelto, pero lo hemos revuelto nosotros; no ha sido Dios quien lo ha revuelto. Dios se arriesgó a darnos la libertad cuando nos creó. Nos creó como personas y nosotros abusamos de esa libertad y la hemos usado equivocadamente y así entra el mal en nuestra vida y en la vida del mundo. No podemos achacar a Dios nuestros problemas. No podemos echar la culpa a él si me despidieron del trabajo. Tal vez fui flojo, irresponsable en mi trabajo y, por lo tanto, no puedo decir que Dios no se preocupa de mí.

Sin embargo, suceden muchas cosas que no son por mi culpa personal; son culpa de los otros. Tenemos muchas estructuras de pecado, cosas que funcionan mal y que se cristalizan así y tenemos leyes malas, costumbres malas, sistemas malos, políticas malas, organismos malos, etc. Y así tenemos políticas malas que no defienden ni protegen a la familia, la natalidad, etc. Al contrario, tenemos sistemas que nos estrujan muchas veces. Es un pecado, un mal que se ha cristalizado en un sistema pero que fue creado por el hombre, por nosotros, no por Dios. Pero nosotros podemos remediar lo negativo, porque tenemos todos los elementos para remediarlos.

### **4. La acción del Demonio**

Hay un tercer factor que hace más difícil nuestra vida. Es el demonio, que es real y que actúa. La fe nos dice que no solamente existe el mal sino el Maligno. Todos los días pedimos en el Padrenuestro que Dios nos libre del Mal, de ese Maligno, del demonio. No nos dejes caer en las tentaciones, que estarán siempre, pero pedimos que Dios no nos deje caer en ellas sino que crezcamos en ellas.

El Maligno está interesado en desparramar, en desbaratar el plan de Dios. Misteriosamente, el demonio tiene poder en este mundo. La fe nos dice que hay ángeles buenos y ángeles caídos. A éstos, Dios les da la posibilidad de desbaratar su plan. San Pablo llama a la presencia y a la acción del demonio “*el misterio de la iniquidad*”.

Creo que hay cosas cuya existencia es difícil de probar. Pero otras, no tanto. Probar que tenemos un pecado y un pecado original y que tenemos tendencias hacia lo desordenado, no cuesta mucho probarlo. Es cuestión de un pequeño trabajo sociológico, psicológico. Sin embargo, hay cosas que no se explican humanamente, como el mal que tiene su raíz en la acción del demonio. Esta acción, en algunos casos se da indirectamente, y en la mayoría, a través de otras personas.

Se dice que el demonio es el Mono de Dios, el imitador de Dios. Trabaja con instrumentos, así como también lo hace Dios. Hay instrumentos predilectos de Dios, como los santos, y también del demonio, como lo fue Hitler, un demonio encarnado. No

concebimos tanta maldad, humanamente hablando. Pero es con la acción del demonio es posible.

Nosotros estamos insertos en esta realidad.

El P. Kentenich nos dice que hay *tres poderes que gestan la historia: Dios, nosotros y el demonio*. Y los poderes principales son Dios y el demonio; nosotros estamos en medio y cargamos la historia para uno u otro lado.

En algunos momentos, podemos palpar directamente que el Demonio está metido en nuestro matrimonio, que ha metido no solamente su cola sino sus garras para liquidarnos. Casi podemos probarlo, porque humanamente no podemos explicarnos muchas cosas. El demonio actúa realmente. Pero nosotros también tenemos que actuar.

### **5. Dios actúa a través nuestro**

La fe nos dice que este Dios sabio, poderoso y fiel actúa pero a través nuestro. Rara vez Dios actúa directamente. Normalmente, Dios actúa *en nosotros y a través de nosotros*. Si nosotros lo dejamos actuar, él hará maravillas con nosotros, hará “milagros”.

¿Creemos en esto? A menudo dudamos que Dios intervenga y que pueda permitir y dispuesto tal problema por el cual pasamos.

Hay cosas que Dios dispone. Hay cosas que Dios permite, tolera, como es el pecado. Sabemos que tal cosa hace mal a la persona que lo hace y a los que están a su alrededor.

¿Creemos en el amor, en el poder, en la sabiduría de Dios cuando no podemos solucionar un problema, cuando tenemos que cargar con una cruz dura durante toda la vida? ¿Creemos en la bondad de Dios? ¿Creemos en la misericordia de Dios? ¿O será que él nos dejó a la deriva y se preocupa de otras personas, que parecen muy tranquilas y contentas, pero no de nosotros?

La Sagrada Escritura nos presenta cosas aparentemente contradictorias. Un episodio clásico de la fe práctica en la divina Providencia es aquel en que Cristo nos dice que no nos preocupemos. Dice: ¿Por qué se preocupan si no pueden añadir ni siquiera dos centímetros a su estatura? Miren los lirios del campo; ni siquiera Salomón se vistió como uno de ellos. Miren los pájaros del cielo; no cae ninguno sin que el Padre lo sepa... Cristo no puede ser más claro al hablarnos de la providencia de Dios. Y agrega algo muy increíble: hasta los cabellos de su cabeza están contados... El Padre sabe... Las palabras del Evangelio son clarísimas. ¿O creemos que son exageraciones...? Son figuras evidentemente para que entendamos. No existe ningún detalle en nuestra vida que se escape al poder y la bondad de Dios. Dios te conoce, nos conoce; Dios piensa en ti, en nosotros; Dios cuida de ti, de nosotros.

¿Es que por esta preocupación de Dios nos irá siempre bien? ¿No tendremos nunca ninguna preocupación, ninguna carencia...? ¿Tendremos siempre trabajo, buena salud, buena situación...?

Dios no nos promete que siempre nos irá bien. El que quiera seguirme, dice, que tome su cruz y que me siga... A los apóstoles les dice: Estén alegres, bienaventurados sean

cuando los persiguen, cuando nos calumnien, cuando nos hagan daño... Irán a la cárcel por mi causa... Dios no les pintó bonito las cosas... Pero no se preocupen, el Espíritu Santo será quien ponga en su boca lo que deben decir... Sus palabras son clarísimas y su vida más todavía. Los suyos lo abandonan, lo traicionan... Es coronado de espinas, rechazado... humanamente es un fracasado. Humanamente, su fracaso más rotundo es su muerte en la cruz... Todo lo que hizo, buscar a hombres de confianza, a sus apóstoles, primero 12, y después 72... Las muchedumbres que lo seguían, al final de su vida lo abandonan. Y los más cercanos, como Pedro, lo traicionan. A Cristo no le fue bien humanamente.

¿Significa esto que el Padre no cuidaba de él? ¿No le importó esto a Cristo, por ser Dios? Cristo no dejó de ser hombre por ser Dios de tal manera que le importaba todo, hasta se angustió y sudó sangre y pidió a su Padre que si fuese posible apartara de él ese cáliz de sufrimiento... Pero agregó: Pero si es tu voluntad, que se haga como tú quieres... Y abraza la cruz.

## **6. Dios se manifiesta en nuestra debilidad**

Siempre hay una realidad con dos caras, una dualidad... ¿Cómo se congenia esto? San Pablo, un apóstol extraordinario a quien hemos dedicado un año entero dice: ¡Ay de mí, hay una ley de pecado en mí, porque hago justamente aquello que no quiero hacer... Hay una carta donde Pablo hace un catálogo de todas las penurias por las que pasa: me azotaron, me llevaron preso, tuve naufragios, etc. etc. Cuando el Señor lo llama, le dice que vaya a Ananías a quien le dice refiriéndose a Pablo: Éste es un instrumento elegido por mí; yo le mostraré cuánto tiene que sufrir por mí... San Pablo tenía un problema de debilidad, no sabemos qué. La expresión, la figura que él usa para describir este problema es muy fuerte: Un ángel de Satanás me abofetea... Tengo un aguijón en la carne... No sé sabe con certeza a qué se refería; unos piensan que era una epilepsia, un problema de la vista, que Pablo sentía como una gran limitación. Y Pablo dice: He pedido al Señor tres veces que me librara de este aguijón... Y el Señor le dice: No, mi gracia te basta... ¿Por qué? Porque en esa cruz que llevas tú, en esa debilidad, en esa flaqueza, yo demostraré mi poder y actuaré... A través de ese problema, de esa dificultad actuaré yo...

Ésta es la vida de fe que tenemos que vivir.

Los que conocemos más la historia de Schoenstatt, del padre fundador, el P. José Kentenich, podemos decir que él es un profeta de la fe práctica en la divina Providencia, de la fe en el Dios de la vida, en el Dios poderoso, en el Dios que nos ama. Y este hombre, el P. Kentenich, que se convirtió en un profeta de esta fe y que acusó a un cristianismo que cree de palabras pero no de corazón, que tiene a Dios sólo en las prácticas religiosas, pero no en su vida, no habló de esta fe como una teoría. Él tuvo una infancia muy difícil; fue hijo natural, su papá no quiso reconocerlo. A los nueve años entró a un orfanato porque su mamá, que era empleada doméstica, no tenía cómo mantenerlo. Y entregó a su hijo al cuidado de este orfanato. Esto en el año 1900, comienzos del siglo 20. Sabemos lo que es un orfanato, donde los niños viven en pobreza, en miseria; desde allí él se escapa dos veces. En su adolescencia, él decide ser sacerdote, pero un niño natural no se le permitía ser sacerdote en ese tiempo; quedaba marcado. Él va donde su padre para que lo reconozca pero él no lo hace. Con

estas situaciones difíciles por las que pasa, y que son muchas otras más, el mensaje del P. Kentenich, su mensaje de la fe práctica en la divina Providencia lo dan personas que han sufrido enormemente, que han tenido cruces personales muy grandes. El P. Kentenich pasó tres años y medio en el campo de concentración de Dachau, tres años y medio en un campo de concentración nazi, donde la muerte se respiraba todos los días, una ciudad de locos, de maldad, de muerte...

Ese hombre, que crea una Familia maravillosa que se extiende por todo el mundo, que pasa por la prueba del nazismo, queda libre, empieza a viajar, viene a nuestra tierra latinoamericana y, a los pocos años, es la Iglesia quien lo separa de su Obra. El Santo Oficio era un tribunal eclesiástico y quien caía bajo este tribunal estaba liquidado sin derecho a defensa. Y el P. Kentenich fue enviado al exilio, a un lugar lejos de su fundación. ¡Allí pasó 14 años! ¿Es posible creer en la divina Providencia pasando por estos problemas y dificultades? ¿Cómo creer en la divina Providencia si se ve separado de su Obra que necesita de su presencia, de su dirección, de su inspiración...? Cuando el P. Kentenich tenía 83 años, la Iglesia lo absuelve de todo cargo. Y este hombre cree en el Dios de la vida, en la divina Providencia y nos va a decir que no hay nada que suceda por casualidad; que todo viene de la bondad de Dios.

Recuerdo cuando lo visité en Milwaukee, en 1963. La Familia de Schoenstatt, a raíz de esta separación de su fundador, estaba pasando por una gran crisis; había problemas dentro de la Familia, problemas con la Iglesia, problemas comunitarios, de dirección, problemas de todo tipo. La Familia estaba en el aire, sin su fundador. En la Familia en Chile había también muchos problemas. Y conversando con él, no se vislumbraba ninguna luz; el horizonte era absolutamente negro. Incluso se había dicho que si el P. Kentenich volvía a su Fundación, sería dentro de un ataúd... Conversamos de todo esto aquella vez. Y él me dijo: No se preocupe; todo va a salir bien. Por eso, a este hombre le creemos cuando nos habla de Dios como un Dios providente, como un Dios bueno, un Dios sabio, que está en nuestra vida, pero que permite el pecado, que permite la maldad, y que si lo permite, y esto es lo clave, es porque quiere que saquemos un bien de todo ello.

Recordemos la vigilia pascual, el pregón pascual que se canta delante del cirio pascual. Dice: ¡Oh *feliz culpa* que ha merecido tal Redentor! Nosotros podemos decir: ¡Oh feliz conflicto, oh feliz crisis, oh feliz problema, oh feliz herida, oh feliz enfermedad, etc.etc., porque allí se va a manifestar el Dios todopoderoso, el Dios fiel, el Dios sabio. Dios nunca nos va a liquidar, porque si él permite tal cruz es porque de ella podemos sacar un bien mucho mayor que lo que podemos tener si no tuviésemos ninguna cruz. Si no tuviésemos ningún problema económico, por ejemplo, quizás nos perderíamos en la abundancia, en la riqueza.

¿Somos nosotros capaces de vivir esta fe?

Veamos una experiencia. Si yo no experimento personalmente que puedo y que he sacado un bien del mal, de un problema, de una cruz, de una crisis, siempre mi fe en la divina Providencia será frágil, tambaleante, teórica. Cuando me vaya bien, podré decir que Dios se preocupa de mí... Pero cuando me vaya mal, ¿podré sacar algún bien de ese mal? Si Dios permite ese mal es porque es bueno, porque es misericordioso y fiel,

y porque sabe que yo puedo y debo encontrar un bien en esa situación dolorosa, conflictiva, de cruz.

¿De qué depende esto? Depende de que yo crea y que trabaje. Mi cooperación con este Dios de la vida es fundamental. Él me va a sacar del foso, me va a permitir navegar con tempestad y con zozobra, pero con esa paz interior que el mundo no conoce, y que solamente conocen las personas que están compenetradas de esa presencia íntima, poderosa de un Dios que guía mi vida, que tiene un plan de amor para conmigo. De ese Dios que quiere conducirme a un nivel de realización personal, quizás impensable para nosotros.

Este plan no termina aquí en la tierra. El plan de amor de Dios no es por dos o tres años. El fin de este plan de amor de Dios está en la próxima vida, cuando nazcamos de nuevo, cuando estemos en la patria definitiva. Dios nos está preparando un lugar para esa patria y quiere que lo merezcamos y que lo ganemos. Él va a disponer todo, va a permitir todo lo que nos sucede para que lleguemos a ese lugar donde recibiremos la corona que él nos tiene preparada después de nuestra peregrinación. San Pablo dice: Corrí la buena carrera y al terminar mi carrera, espero la corona que el Señor me tiene preparada.

Que nosotros podamos decir esto también.

## **Tercera Charla**

### **Cómo sacar provecho de las dificultades**

#### **1. Cómo sacar provecho de los problemas**

Hay una expresión de san Pablo que hemos escuchado varias veces: “Todo converge en bien de los que aman a Dios”. Todo, todo lo que nos sucede, todo coopera a nuestro bien, de los que amamos a Dios. No hay nada que no sirva para nuestro bien.

Muchas veces nosotros pone condiciones a Dios, le ponemos plazo, y desconfiamos que realmente podamos sacar un bien de esa pena, de esa crisis, de ese conflicto por el cual estamos pasando. Pedimos que pase esa situación, que tal persona cambie. Pero no hemos trabajado esa actitud de san Pablo.

Muchas veces, Dios no nos escucha para quitarnos un problema. Dios quiere que nosotros, en ese problema, lo escuchemos a él y descubramos ese bien que él quiere que saquemos de ese problema. Eso es lo que dice san Pablo. Nada hay que se le escape a Dios. Todo lo que él permite o dispone es para nuestro bien.

San Agustín agregaba: “Todo converge en bien de los que aman a Dios y también el pecado”. Es decir, una caída puede ser el comienzo de mi conversión, de mi salvación, de mi reencuentro conmigo mismo o con mi cónyuge. También esa caída, esa experiencia.

Recordemos la experiencia del hijo pródigo, de ese hijo que deja a su padre, que le da la espalda, y llega a una situación de miseria tal que tiene que alimentarse de la comida de los cerdos. Y en esa experiencia encuentra a Dios. Si no hubiese pasado toda esta experiencia, no hubiese descubierto la misericordia de Dios. A Dios, en cierto sentido, no le importa el pecado; le importa que lleguemos a ser sus hijos verdaderos y que seamos felices. Y que comprendamos que nuestra felicidad no está fuera, lejos de la casa del Padre sino que en nuestra miseria encontremos el camino, el trampolín para llegar a la casa del Padre. El P. Kentenich usa esa imagen del trampolín.

¿Creemos que Dios escribe derecho en mis líneas torcidas, en mis pecados, en mis crisis, en nuestros pecados? Dios no nos pide que borremos esta línea torcida, que nos olvidemos, que vamos a otra cosa, que dejemos nuestra realidad.

Hay pecados a los cuales no les tomamos el peso. Con cierta facilidad entendemos la gravedad de los pecados contra el amor. Pero respecto de los pecados contra la esperanza, no tenemos conciencia. Cuando nos desesperamos, cuando se nos acaban las ganas, cuando nos ahogamos, cuando nos desesperanzamos, estamos pecando contra algo esencial, contra la confianza en Dios, contra la esperanza. Estamos dejando de lado algo sustancial de nuestra vida cristiana que consiste en la fe inmovible en Dios, en su amor profundo y poderoso, pero también en una esperanza y confianza en él a toda prueba. Dios nos quiere llevar a una vida no sin problemas, para que en esa vida, a veces con pocos y a veces con muchos problemas, nosotros tengamos una existencia feliz. Feliz no como la da el mundo, a carcajadas

muchas veces, pero sí serena, con una alegría serena, con una paz interior que nadie nos puede quitar. ¿Por qué? Porque confiamos en este Dios que nunca nos abandona ni en las oscuridades más grandes. Él no nos abandona, él está detrás de todo.

¿Por qué sentimos a Dios tan lejos? ¿Por qué sentimos a Dios tan castigador, tan estricto, tan lejano?

Quizás afirmamos con la cabeza todo lo que hablamos anteriormente, pero ¿nuestro corazón, cree de verdad y confía de verdad? ¿Cree que Dios es bueno conmigo al permitir esto que me pasa, al dejarme este agujón de la carne, sea lo que sea...? ¿Qué imagen de Dios tenemos?

## **2. Vivencias de de la paternidad y maternidad en el plano humano**

En este contexto de la fe práctica en la divina Providencia, el P. Kentenich nos lleva a hacer un análisis de nuestra vivencia de la paternidad y de la maternidad, en el plano humano.

Él dice que no tenemos dos psicologías; una psicología sobrenatural y otra psicología natural. La gracia de Dios, este encuentro con Dios, está condicionado a cómo lo recibimos y a cómo lo hemos experimentado.

Si echamos agua en un vaso, el agua toma la forma de este vaso. Todo aquello que yo recibo, lo recibo según mi forma, según mi conformación interior. Y esto constituye mis vivencias, mis experiencias básicas.

Según este pensamiento, el P. Kentenich nos lleva a ver más de cerca lo que nos ocurre respecto a Dios. ¿No será que esta desconfianza instintiva que tengo en Dios, este estar apretado interiormente, este no creer que realmente voy a salir adelante de este problema, de esta situación y que Dios quiere y que me acompañará en este esfuerzo, que todo está condicionado a alguna experiencia que tuve con mis padres? ¿A qué mi papá me abandonó...? ¿O al hecho de que ni siquiera conocí a mi papá? Quizás mi papá fue simplemente para mí la imagen de una persona violenta, que me castigaba muchas veces sin sentido, injustamente, o porque estaba embriagado o porque tenía otra mujer...?

¿No será que esa experiencia mía de paternidad o de maternidad, la proyecto inconscientemente en la imagen de este Dios que me describe Cristo, que me describe Schoenstatt, o algún padre en su prédica? ¿De este Dios que dicen que me ama, que me cuida, que me conoce, que nunca me deja...?

Esa experiencia, esa vivencia de paternidad tenemos que analizarla. Nuestros padres están llamados, en el plan de Dios, a ser un camino hacia él, en el sentido del cuarto mandamiento: Amarás a tu padre y a tu madre. ¿Por qué? Porque en ellos se nos acerca Dios como Dios creador, como Dios Padre-Madre. Y lo natural, querido por Dios, es que en nuestro papá y en nuestra mamá, descubramos la mano de Dios, el cariño de Dios, la protección de Dios. De ese Dios que nos deja ser lo que somos, que nos ayuda a crecer y que si nos exige y a veces nos castiga, es por nuestro bien; y que si nos enseña a caminar, muchas veces nos suelta de la mano para caernos pero para que aprendamos a levantarnos nuevamente y que lo hace todo por amor, no porque quiere que nos caigamos.



Nosotros estamos llamados a ser padres y como tales, a ser reflejos de Dios Padre para nuestros hijos. Para los hijos, somos Dios. Pero si no damos al niño la experiencia de una paternidad que es reflejo de la paternidad de Dios, lo dejamos con un problema psicológico inmenso, con una incapacidad de creer muchas veces. Hay un chiste cruel de un papá que sube al niño a una ventana y le dice que se tire a sus brazos. Y cuando el niño lo hace, él se corre al lado para que el niño aprenda a no confiar en nadie...

El P. Kentenich cree que la lejanía de Dios, que la ausencia de Dios, que la separación de Dios en nuestro tiempo, se debe en gran parte a la falta de verdaderos padres que no saben dar una experiencia positiva de paternidad a sus hijos. Esta experiencia de carencia de padre tocó muy personalmente al P. Kentenich y la tuvo siempre muy viva. Por eso puede hablar de lo que significa una experiencia negativa y una experiencia positiva de paternidad. Lo extraordinario del padre fundador es que él logró superar esa mala experiencia de su vida, esa carencia de paternidad e, incluso, sacar de ella un fruto inmenso, porque él mismo llegó a ser un padre como hay pocos. Con esa mala experiencia de paternidad él llegó muy arriba. Es uno de sus carismas; él fue un gran padre, de una inmensa y fecunda paternidad como no la encontramos en ningún otro fundador. Él tuvo una mala experiencia de padre; su madre tuvo que dejarlo en un orfanato, de tal manera que tampoco tuvo un cuidado maternal. Él vivió con sus abuelos durante sus primeros años. Esto hoy día es algo común y corriente.

El P. Kentenich, con esta experiencia de su vida, nos da un signo inmenso de esperanza. Podemos crecer en nuestro problema, e incluso, hacer de este problema una lección viva, un camino de crecimiento. Dios me hizo ser sensible para la angustia, para la problemática del hombre actual a través de esta cruz que he sufrido tanto. Él me dio esa cruz para que pudiera enseñar a otros que hay que elaborar esa cruz y que esa cruz es un peldaño para subir más arriba y llegar a una dimensión que nunca había pensado escalar en mi vida.

Muchos de nosotros, gracias a Dios, hemos tenido una buena experiencia de padres, no perfecta pero positiva. Nosotros tampoco somos padres perfectos para nuestros hijos, pero sí tratamos de ser lo mejor posible. Tuvimos padres que nos querían, con los cuales nos sentíamos seguros. Éste es un bien increíble. Personalmente, nunca he tenido dudas de fe, porque tuve una buena experiencia de paternidad, gracias a Dios. Tampoco tan extraordinaria, pero para agradecer esta experiencia positiva, porque vemos a muchos que no han tenido esta experiencia.

### ***2.1. Focalizar nuestra propia experiencia de paternidad y maternidad***

Por tanto, focalicemos nuestro problema y pensemos. ¿Cuál es mi experiencia? ¿Qué han dejado mis padres en mí? ¿Cuál es el sentimiento, cómo se marcó de afecto la relación que tuve con mis padres? A raíz de esta experiencia, ¿soy una persona desconfiada, retraída, que no puede darse, poco libre? ¿Qué deduzco de esa experiencia mía?

La pregunta clave es ésta: Si Dios permitió una experiencia negativa, no tan buena, muy mala, ¿por qué lo permitió? ¿Qué bien puedo sacar de ella? ¿Cómo puedo sacarle provecho de esta experiencia, sin negar que fue una experiencia negativa, sin considerarla como una mancha en mi historia que no quiero recordar? Con toda tranquilidad, quisiera recordar esa experiencia e, incluso, poder agradecer a Dios pro

haber tenido esa mala experiencia. Como san Pablo agradece al Señor porque su gracia se había mostrado en su debilidad. Así como el hijo pródigo pudo agradecer a su padre que permitió que hubiera caído para poder conocer su corazón de padre, a diferencia del hijo que nunca había tenido problemas. Ese hijo pródigo tiene que haber tenido un momento en que dio gracias a Dios por haber pasado por todas las penurias que pasó para darse cuenta de quién y cómo era verdaderamente su padre. Entonces supo quién era su padre y que ese padre lo estaba esperando y que se había alegrado al verlo volver; que hace una fiesta en grande y le pone vestidos nuevos. Realmente, no lo conocía y si no hubiera tenido esa caída, lo conoció.

Por lo tanto, focalizar nuestra experiencia de paternidad y maternidad. El amor del Padre Dios es paternal y maternal a la vez.

¿Cuál ha sido mi experiencia y qué puedo aprender de ella? Si permitió tal experiencia es para que saquemos provecho de ella. ¿Le hemos sacado todo el bien posible a esa experiencia? ¿Cómo lo hizo el P. Kentenich? ¿Cómo se sanó de esa herida?

Muchas veces, en muchas de las oraciones del P. Kentenich, se trasunta cómo desangró por esa herida. En algunas ocasiones dice: No creo que alguien haya sufrido la soledad que yo sufrí. Nunca pude entregar mi corazón a nadie ni en el colegio, ni en el Seminario ni en la comunidad...

¿Qué bien puedo sacar de mi experiencia? ¿Hacia dónde apunta la solución?

## **2.2. Descubrir paternidad divina en la enseñanza de Cristo**

El P. Kentenich dice que una mala experiencia de paternidad y maternidad tiene que llevarnos a descubrir cómo la revelación nos muestra el rostro, la faz del Señor. Cómo el Señor nos habla de su Padre y de nuestro Padre; cómo el Señor ve y siente a ese Dios a quien él llama mi Padre y vuestro Padre.

Lo primero que tenemos que hacer es compenetrarnos de las palabras del Señor, de sus enseñanzas. Y descubrir cómo fue su relación con el Padre Dios.

Quizás por la mala experiencia de paternidad y de maternidad que existe, nosotros casi hemos borrado de la imagen de Cristo su ser hijo. Y cuando explicamos quién es Cristo, decimos es el Redentor, es el Rey, es el Pastor. Casi nunca decimos que es el Hijo del Padre, que es un hijo pequeño que gira en torno al Padre, que viene del Padre, que vuelve al Padre, que habla con el padre, que le da gracias, que se queja al Padre, que él y su Padre son uno, que todo pone en manos del Padre, que nada hace sin que el Padre lo sepa. Cristo no se entiende sin esa relación con su Padre y su mensaje, el contenido de su mensaje es revelarnos que el nombre de Dios es Padre. Cuando él les habla a sus apóstoles en la Última Cena reza al Padre diciendo: Yo les he manifestado tu nombre...

Las pocas palabras que auténticamente dijo Cristo, que están comprobadas exegéticamente como auténticas y literalmente, porque los Evangelios que tenemos fueron escritos por los evangelistas en su lenguaje y en forma resumida ciertamente con la luz del Espíritu Santo, son las relativas al Padre: Padre mío, y su oración del Padre nuestro... Cuando habla de su Padre lo llama Abbá, papá, papacito... Esta palabra viene directamente de él...

Tenemos que meternos en la trama profunda de la revelación. Dios es un Dios que, desde Abraham, Isaac, Jacob, progresivamente va mostrando quién es a un pueblo que no creía en un solo Dios sino que creía en muchos dioses y debía llegar a la convicción que el único Dios era el Dios de Israel. Y que ese Dios es un Dios bondadoso, justo, que también castiga pero que es generoso y misericordioso y que su misericordia va de generación en generación. Es el Dios que nos reveló Cristo en plenitud.

A ese Dios tenemos que descubrir en la Palabra de Cristo. En una Palabra que es viva, leyendo la Biblia con fe, y pidiendo a Cristo que nos revele el rostro del Padre, para que en Cristo, como Cristo y con él, podamos sentir a Dios como Padre, saber y actuar en la conciencia de que él está con nosotros, y que está a favor nuestro y que todo lo que nos sucede él lo sabe y está interesado en nuestro bien.

Para llegar a esto, el P. Kentenich dice que tenemos que trabajarlo con la oración más que intelectualmente. Pero no llegaremos a sanar totalmente nuestro subconsciente porque hay una vivencia de por medio. ¿Cómo nos sanamos de esta vivencia negativa? Tenemos que recurrir a *experiencias supletorias*.

### **2.3. Recurrir a experiencias supletorias**

El P. Kentenich habla de estas *experiencias supletorias*. Muchas veces, cuando no hemos tenido en nuestros propios padres una experiencia negativa de paternidad, la hemos tenido en otras personas. Quizás en un sacerdote, en un profesor, en un amigo, en un abuelo, etc. Y tenemos que aprovechar esta experiencia y traer a flote todas estas buenas experiencias de paternidad o de maternidad que hemos tenido en alguien superior a nosotros y que nos quiere, que nos apoya, que cuida de nosotros. Y que sabemos que en las situaciones difíciles está con nosotros.

Estas experiencias tenemos que gozarlas porque son experiencias de Dios. Tenemos que creer en Dios, a quien no vemos, y verlo en las personas que vemos. Descubrir a esas personas que nos han querido bien, gratuitamente, con una amistad sincera. Si nunca hemos tenido la experiencia de la fidelidad de una amistad a toda prueba, me falta un sustrato humano.

Estas experiencias son extraordinariamente valiosas, no las olvidamos nunca. Las debemos recordar como una enseñanza y pedagogía de Dios que quiere que aprendamos en esas experiencias, en ese amor humano, la calidad infinitamente superior de un amor divino pero que va en la misma línea.

Hay otra experiencia que tomó más cuerpo para el P. Kentenich que también es interesante. El P. Kentenich dice que él aprendió a ser niño, a ser hijo ante Dios entregándose paternalmente a los jóvenes que tenía a mi cargo y en su entrega filial a mí como padre. También en la experiencia que tuve con la comunidad de las Hermanas Marianas, de la entrega filial y de la confianza que ellas depositaron en mí como padre. Yo sentí cómo se vivía la filialidad concretamente y así aprendí a expresarme como un hijo, como un niño ante el Padre Dios, a partir de esa filialidad que recibía. Yo prolongué esa experiencia humana frente a Dios Padre...

Éste es un hermoso camino. También un camino para nosotros. Si aprovechamos el camino de nuestros hijos; la entrega de nuestros hijos a nosotros, como padres; la

confianza que ellos depositan en nosotros. Si el papá está y la mamá está, no tendría que haber mayores problemas. ¿Qué hacen los niños cuando llegan a la casa? Llaman a la mamá y si ella responde, se quedan tranquilos porque se saben acompañados, seguros. Todas las experiencias y gestos de amor son experiencias que marcan interiormente y tenemos que aprenderlas de nuestros hijos.

Estas experiencias positivas de paternidad y maternidad y de filialidad tenemos que trasladarlas ante el Padre Dios. Jesús nos dijo: Si ustedes no se convierten ni son como los niños no entrarán en el reino de Dios, en el reino del Padre... Cumplirán los mandamientos, se portarán bien, harán ritos religiosos, aprenderán otras cosas, pero su corazón no será un corazón de niño, sabrán quién es el Padre Dios. Y esto tenemos que aprenderlo de nuestros hijos.

En esto hay un mutuo enriquecimiento, porque nuestros hijos también están aprendiendo de nosotros a conocer al Padre, conocerán como es el Padre Dios. Y aprenderán que nosotros, como papás, estuvimos siempre con ellos pero nunca los aplastaron. Y que si les pedimos algo difícil, si los retamos, fue por cariño, por su bien. Y nunca olvidarán que siempre estuvimos a su favor y siempre los apoyamos y siempre creímos en ellos. Esto es algo que debemos dar a los hijos para que mañana, puedan decir que el Padre Dios los cuida y los apoya. Y esto no necesita de palabras, se vive.

Y cuando escuchemos el mensaje de Pablo que dice: Todo converge en bien de los que aman a Dios... Nada puede separarnos del amor de Cristo, ni la vida, ni la muerte, ni las heridas, no nos sonará extraño. Ésa es la experiencia que debe tener nuestro corazón y que debemos dar a nuestros hijos y que es la más valiosa y duradera. Si les transmitimos una fe de ritos, de devociones, eso les borrará de un día para otro y no les importará su fe.

Son las vivencias, las experiencias vitales las que perduran. La ausencia de padre es tan radical, tan fuerte, que la tenemos en la misma Iglesia. Nosotros mismos, los sacerdotes, obispos, pastores, muchas veces damos una pobre imagen de padre. Podemos exigir, reprender, pero esto no es lo más importante de una imagen del Padre Dios.

#### ***2.4. El Espíritu Santo debe penetrar nuestro corazón***

El Espíritu Santo es capaz de limpiarnos, de cambiar nuestro corazón de las impurezas, de nuestros egoísmos, de nuestras mezquindades, de nuestra desconfianza, de los temores, de las angustias.

El Espíritu Santo es un don de Dios. Sabemos de la experiencia de los apóstoles. Ellos, que habían traicionado al Señor, que fueron cobardes, que dudaron del Señor, fueron transformados por el Espíritu Santo. Se convierten en personas creyentes, valientes, decididas y llegaron a dar su vida por el Señor.

¿Creemos en la acción del Espíritu Santo? ¿Lo imploramos, somos amigos del Espíritu Santo?

Para nosotros, en Schoenstatt, la presencia del Espíritu Santo está muy ligada a la Virgen María. Schoenstatt es un Movimiento mariano, pero con ese marianismo que existe en general. No somos simplemente devotos de María, que la queremos mucho y

que le pedimos favores. Para Schoenstatt, la Virgen es un camino hacia Cristo y hacia el Espíritu Santo y hacia el Padre Dios.

María fue llena del Espíritu Santo; ella atrajo al Espíritu Santo y el Espíritu Santo la cubrió con su sombra y en ella se hizo carne el Verbo, el Hijo de Dios. Ella fue capaz de estar junto a la cruz de su Hijo porque estaba llena de la fuerza del Espíritu Santo. Ella atrajo al Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente, sobre los apóstoles. Y este mismo proceso es el que Dios quiere realizar en la Virgen María y en la Iglesia a través de ella.

Dios nos la regaló como Madre para que aprendamos a creer en el amor de Dios, en el amor maternal y paternal de Dios.

Para nosotros en concreto, la Virgen es aquella que despierta el niño, el hijo que hay en nuestro corazón; de ese niño que llevamos tan escondido, que tiene tantas capas, tantas durezas. Ella realiza el milagro de convertirnos en hijos, ella implora para nosotros ese Espíritu Santo que nos hace verdaderos hijos del Padre.

### **3. Una pequeña reflexión**

Queremos pensar en estas experiencias y meditar si en ellas hemos creído en Dios, sabio y poderoso que interviene en nuestra vida. Hacer ahora una pequeña reflexión y decir a Dios que, desde esa experiencia, queremos conquistarlo como verdadero Padre y llegar a confiar en él como Padre. Queremos agradecer todo lo que recibimos de nuestros padres como camino para llegar a su corazón. Queremos aprender también en esas deficiencias, en estas ausencias y carencias de paternidad que hemos sufrido, a descubrir a Dios aun más profundamente como Padre.

## Cuarta Charla

### Qué nos pide Dios con los problemas

Hemos visto cómo Dios está presente en nuestra vida y también en nuestras dificultades, especialmente presente cuando pasamos por momentos difíciles. Hablamos del hijo pródigo y que si no hubiese sido por su caída, por su pecado, nunca habría conocido la profundidad, la ternura del amor del Padre.

Vimos los caminos que el P. Kenterich había usado personalmente y lo que nos aconseja para aprender a sacar provecho de nuestras faltas y carencias. Hablamos en concreto de la nuestras experiencias materna y paterna.

Tenemos la necesidad de descubrir la imagen de Dios que hay en nosotros, porque muchas de nuestras faltas de fe o de nuestras imágenes de Dios como un Dios injusto, lejano, duro, vienen de nuestra propia experiencia. Y esas imágenes tenemos que depurarlas, elaborarlas interiormente. Quizás intelectualmente entendemos esto pero afectivamente tenemos otros sentimientos.

Hablamos de la importancia de nuestra experiencia mariana. Cómo María nos hace más fácil sentirnos y sabernos niños ante Dios.

Si Dios permite el mal, los problemas, las dificultades, el pecado, es para que saquemos un provecho. Nada sucede en nuestra vida, por más negativo que sea, sin que nosotros podamos sacar de ello un provecho.

Frente a las dificultades tenemos que tener asumir una actitud activa. Y no simplemente quejarnos de que no tenemos trabajo, que estamos enfermos, que nos falta dinero, etc.etc. Ni tampoco buscar compensaciones, ni ignorar los problemas. Tenemos que descubrir en estas dificultades, en estos conflictos lo que Dios nos está diciendo, para qué él nos envía estas situaciones difíciles, qué bien podemos sacar de ellas.

¿Qué nos pide Dios en las dificultades? En primer lugar, tenemos que saber sacar provecho de las dificultades, de los problemas.

#### **1. Sacar un bien de las dificultades**

¿Qué es un *bien* para nosotros? ¿Qué entendemos por bien? ¿Qué se entiende en general por las cosas que nos hacen bien?

En una sociedad materialista, el criterio de *bien*, de lo que es bueno para uno, de lo que es bueno para nosotros, es lo material: tener una casa, un auto, buena salud, dinero. Ciertamente son todas estas cosas son buenas, son necesarias, son bienes. Sin embargo, cuando todo esto se pone en primer lugar en una categoría de valores, tendremos muchos engaños y auto-engaños muy grandes, porque en estas cosas no reside nuestra felicidad. Quizás son parte de nuestra felicidad y muchas veces algo necesario. Sin embargo, quizás puedo vivir en otro barrio, o tal vez mis hijos pueden ir a un colegio menos caro; quizás pueden tener una ropa más sencilla, sin la marca que

está de modo. Muchas veces basamos nuestra felicidad en estas cosas y nuestros hijos están todavía más influenciados por todo lo que está de moda. La televisión, los medios de comunicación, el ambiente los lleva a buscar los bienes materiales y no saben todavía que no todo lo que brilla es oro, y que en ello no radica nuestra felicidad.

Nosotros tendemos a hacer de esta tierra el paraíso de la felicidad. Si se nos cae algo, se nos cae todo. No vamos más allá, no pensamos en algo más trascendental, hacia dónde vamos en definitiva. En no pensamos en qué reside verdaderamente la felicidad. Buscamos la felicidad en forma errada. Y Dios se encarga de educarnos y muchas veces fuertemente. De repente tiene que derribar todo el edificio que hemos construido quizás con mucho esfuerzo, con mucho afán. Y nos derriba, echa por tierra nuestros planes. ¿Para qué? ¿Para que nos desesperemos, para que caigamos en el alcohol, en las drogas? ¿Cuál es la intención de Dios?

Dios persigue cosas que nosotros, normalmente no vemos como lo mejor para nuestra felicidad. Para nosotros, lo mejor es no tener enfermedades. Para san Ignacio de Loyola, su enfermedad, su pierna rota en una batalla, fue el origen de su conversión, de su fundación de los jesuitas. Todo empezó por un mal. Cuando estaba en su lecho sin poder moverse, empezó a pensar qué quería Dios con él.

Muchas veces, nosotros nos aferramos a las cosas materiales. Estas cosas son necesarias pero no imprescindibles. A veces, justamente es en los problemas, en las dificultades donde los matrimonios se unen más, cuando saben enfrentar esas dificultades. Muchos matrimonios se separan, se divorcian cuando surgen estas dificultades. Pero lo que Dios persigue con estas dificultades no es precisamente esto. Lo que Dios persigue es algo que ustedes probablemente han experimentado. Cuando se decidieron a enfrentar un problema, un conflicto, cuando se decidieron a solucionarlo en el buen sentido de la palabra, se unieron mucho más como matrimonio que si no hubiese habido este problema.

¿Qué debemos hacer para enfrentar un problema y solucionarlo? En primer lugar, identificar el problema.

### **1.1. Identificar el problema**

Frente a las dificultades, lo primero es identificar ese problema, esa dificultad. Es sacarlo a la luz. El P. Kentenich dice que tenemos que sacar la costra a la herida. Si no abrimos la herida, si no le sacamos la costra, esa herida no se curará. Si le ponemos un parche, un apósito; si la cubrimos y la escondemos y tratamos de olvidarla, la infección va a crecer y se va a expandir.

Debemos tener el valor de enfrentar, de limpiar, de descubrir esa herida, ese problema. Tenemos que verbalizar, de alguna manera, el problema. Es decir, formularme a mí mismo en qué estoy metido, qué me pasa, qué problema tengo o cuál es el problema que tenemos como matrimonio. En ese momento empieza la sanación de esa herida, de ese problema.

### **1.2. Qué quiere Dios cuando nos manda problemas**

En la conciencia siempre nos estamos diciendo que si Dios lo permitió es para que crezcamos, para que nos centremos en lo verdaderamente valioso; para que no nos

enredemos ni nos esclavicemos en cosas en las cuales no encontraremos nuestra felicidad.

### **1.2.1. Dios quiere podarnos.**

Muchas veces, él tiene que tomar las tijeras para podarnos. Y no se poda una parra no es para que lllore sino para que dé más frutos. No es para liquidarla ni para mutilarla. Se saca la costra de una herida, se enfrenta la realidad con autenticidad.

Buscamos lo que Dios quiere. Él está trabajando con nosotros y nosotros tenemos que ayudarlo en esta obra de educación, en su trabajo de educador de nosotros. Dios tiene que remecer el árbol para que se caigan los frutos podridos. Muchas veces, ésta es su manera de educarnos.

### **1.2.2. Dios quiere que no nos amarremos ni esclavicemos a los bienes materiales.**

Bienaventurados los pobres de espíritu; los que sienten su indigencia, su dependencia. ¡Ay de los ricos, de los autosatisfechos! Se quedarán vacíos. ¡Cómo te afanas por ganar toda la riqueza si al final pierdes tu alma, lo más valioso! ¿Por qué aferrarse tanto a las cosas materiales, a lo que brilla, a lo que todo el mundo busca por status? Dios quiere que seamos mucho más ricos con otros bienes, con otros valores y no con los que el mundo busca afanosamente.

Dios quiere que no nos atemos a los bienes materiales y por eso, muchas veces permite las crisis económicas, por ejemplo. No solamente quiere que se cambien las leyes económicas, sino que cambien las conductas, los valores humanos. Dios tiene su lógica y sus caminos. Y él trabajará con nosotros y hará todo lo posible para obtener un bien de una dificultad; pero quiere hacerlo con nosotros, porque sin nosotros no podrá hacer mucho.

### **1.2.3. Dios quiere derrumbar nuestro egocentrismo**

Dios quiere que nuestro yo egocéntrico y altanero se derrumbe, se aniquile. Porque lo que más impide la apertura a Dios y a las otras personas es tener un yo que busca reconocimiento, que le rindan pleito, que lo alaben, que lo sirvan. Dios quiere que cambiemos nuestro centro de gravedad, del yo al tú. ¡Cuántos problemas y conflictos matrimoniales surgen por el poder de uno, por quién maneja las situaciones, quien manda! Nunca queremos perder, siempre queremos ganar. Siempre estamos atacando, defendiéndonos. Esto tiene que terminar y para esto, muchas veces, a Dios no le queda otra cosa que hacernos sufrir una gran humillación, que nuestro egoísmo tope fondo, que nos demos cuenta que así no puede ser. Dios se vale de muchos caminos para educarnos. A veces de nuestros propios hijos o de alguna situación que él permite y dispone para que ese yo se destrone y para que pongamos en el trono a los otros, a nuestro cónyuge, a nuestros hijos, a nuestros amigos y no a nuestro yo.

Ésta es una operación difícil y con muchas etapas, con muchos pasos. Será una vez para que aprendamos un poco; otra vez, Dios hablará nuevamente, con dará otros golpecitos, hasta que aprendamos a no ponernos siempre en el centro; que reconozcamos a otro, sirvamos al otro.

### **1.2.4. Dios quiere que aprendamos a amar como él ama.**



Nuestra felicidad está en *amar como Dios ama*. Muchas veces creemos que nuestra felicidad es amar como animalitos, sexualmente, con lujuria, con una sexualidad desenfrenada, como la mayoría lo hace. Y todo gira en torno a esto, desde los chistes de doble sentido, las conversaciones hipersexualizadas... como si la única felicidad se diera en la cama. Así nunca seremos felices. Podremos placer, un placer que es puramente instintivo muchas veces, pero nunca el gozo profundo que da el verdadero amor, el amor altruista, el amor generoso que busca la felicidad del tú, un amor que da amor y se da a sí mismo.

¡Cuántas personas que no tienen nada son felices porque cuentan con un amor verdadero! Pero esto se aprende y a veces a palos. Dios quiere desterrar nuestro yo del centro para que surja ese yo que él quiere; ese yo pleno, de hijo de Dios, de alguien que se asemeja a Dios, que es *como Dios*. Ese *como Dios* significa donación de sí mismo, entrega y comunión. Un yo egoísta nunca llegará a amar así.

#### **1.2.5. Dios quiere que busque nuestra seguridad en lo verdadero**

Dios busca que no pongamos nuestra seguridad en las seguridades humanas que son siempre frágiles.

Podemos tener todos los seguros sociales que existen, pero, a la larga, también se pueden perder. Cuántas personas viven angustiadas por asegurarse y si no cuentan con seguros materiales, viven angustiadas pensando qué les pasará. Podemos tener todo super asegurado, pero de repente, Dios nos mandará una prueba y nos amargaremos. Sé de algún caso en que los papás se han venido abajo porque les nació un hijo con síndrome de Down y no lo han podido digerir. Otro caso de una señora que siendo relativamente joven tiene una parálisis y ha ido perdiendo todo lo que podía haberla hecho feliz; ahora, su marido acaba de morir. Otros casos en que el marido se va de la casa, que no soportó más sus problemas. Sé del caso de un joven de Costa Rica que es cantante y gran parte de su trabajo se basa en el canto. Casado con una mujer muy hermosa pero que está en una silla de ruedas. Pero ambos son muy felices. Esas desgracias, según como se asuman, sirven o para alcanzar una plenitud a la que nunca hubiesen llegado; a una plenitud, a una donación, a un amor inmensamente heroico. O pueden llevarnos a un derrumbe.

#### **1.2.6. Dios quiere enseñarnos a no perder de vista lo esencial.**

Dios quiere que alcancemos cosas mucho más importantes y que no nos perdamos de lo más esencial, de lo único que realmente importa. “Una sola cosa es necesaria, nos dice el Señor... Marta, Marta, no te afanes tanto... María ha elegido la mejor parte...”

Esa sabiduría de Dios nos descoloca muchas veces. Es una sabiduría divina pero siempre es a favor nuestro. No hay nada, ni lo más tremendo humanamente que nos pueda destruir. Dios quiere que pongamos nuestra seguridad en lo realmente valioso. Quiere hacernos felices.

#### **1.2.7. Dios quiere liberarnos de complejos de inferioridad.**

Es algo semejante a lo que hablamos de destronar nuestro yo.

¿Cuándo una persona se siente menoscabada? ¿Cuándo se siente inferior? Cuántas personas que sufren porque viven en tal barrio, porque tienen tal apellido, porque

tienen tal casa... Viven acomplejados, porque se están midiendo con las categorías humanas, mundanas, materialistas y no con las verdaderas categorías.

Cuántas personas sufren porque tienen un defecto; un defecto físico o quizás no son tan inteligentes. Hay personas que no tienen habilidades para estudios universitarios. Conozco a un joven, el hijo mayor en su familia. El papá siempre quiso que fuera un alumno brillante, que tuviera los primeros lugares y hacía todo lo posible para ello; lo ponía en los mejores colegios... Pero este hijo, que era un muy buen joven: generoso, atento, comunicativo, no era tan inteligente, no era una lumbrera, no tenía las mejores calificaciones. Y la cosa terminó mal; este joven se suicidó. Tanta presión sentía de su papá que en una discusión salió, de fue de su casa y se suicidó con la pistola del papá...

Son realidades. Nosotros, a veces sufrimos porque no nos autovaloramos a nosotros mismos y no valoramos a los demás en su verdadera dimensión y según como nos juzga Dios, según una verdadera escala de valores. Queremos brillar pero no todo lo que brilla es oro.

Dios quiere llevarnos a ser libres de todo complejo de inferioridad. ¿Cómo? Demostrándonos que él nos quiere no porque seamos perfectos sino porque él es nuestro Padre y él es bueno. No porque nunca hayamos pecado, porque siempre hayamos sido ovejitas buenas. El P. Kentenich una y otra vez repite: Dios nos ama no porque nosotros seamos buenos sino porque él es bueno; Dios nos ama porque somos sus hijos. Es decir, para nosotros el valor verdadero es el valor que tenemos a los ojos de Dios. Y a Dios no le importa que seamos más o menos inteligentes, incluso que hayamos pecado o no. Él nos valora en forma distinta a la que nosotros mismos nos valoramos. La Santísima Virgen nos da la clave en este sentido; ella dice: "Dios miró *la bajeza, la pequeñez* de su esclava, de su sierva...", y no *la grandeza* de su sierva. Dios amó la nada de este mundo, eligió a la anda de este mundo, dice san Pablo, para glorificarse en esa nada, para mostrarnos que nosotros somos valiosos no porque lo que tenemos, por el traje que llevamos, por la capacidad intelectual que tenemos, sino porque somos suyos y porque anhelamos lo más grande que él tiene que es el amor. Y podemos amar con más inteligencia, o con menos inteligencia, con más dinero o con menos dinero, en cualquier circunstancia. Y ciertamente esto lo podemos hacer siempre, en cualquier lugar, en cualquier momento. Y esto es lo que Dios quiere que descubramos

Somos queridos por Dios con lo que somos, como somos; frente a él no tenemos que jugar ningún rol, no tenemos que aparecer ante los otros con corazas, representando algún rol, defendiéndonos, dando una imagen que no es real, para ser admirados. No necesitamos admiradores más que a nuestra Madre, el Padre Dios, quienes nos quieren mucho. Ustedes tendrán que decir, "yo estoy seguro que mi cónyuge me quiere mucho y eso es lo que a mí me importa..." ¿Y cómo me quiere, por qué me quiere? ¿Por qué me porto bien siempre...? No, me quiere porque sí solamente. ¿Podemos llegar a esto? ¿Podemos dar carta blanca a nuestro cónyuge que no siempre es como quisiéramos? ¿Podemos amarlo realmente y no como si fuese una ilusión...? Esto es lo que Dios quiere que aprendamos.

Cuando siempre buscamos defensas y queremos que nuestro yo aparezca, muchas veces se producen choques. Sabemos que las personas que siempre buscan la gloria de su yo aparezca son las personas más rechazadas, las menos queridas. Piensen lo que sucede entre sus amistades, en su círculo de trabajo, estas personas son las menos queridas y las más humildes son las más queridas. No tenemos que hacer ningún teatro; somos lo que somos. ¡Qué bien hace encontrarse con una persona que es lo que es, que no finge, que no está jugando ningún rol, que no está mintiendo. A esto quiere Dios que lleguemos, para que podamos experimentar que Dios nos ama tal como somos y que no le importa otras cosas. Lo único que nos pide es que lo amemos también, que le paguemos con la misma moneda, que nos entreguemos a él. Así, Dios nos va a saciarnos y a los ricos los despedirá vacíos: Dios no tiene nada que hacer con los autosuficientes.

En este contexto, el P. Kentenich dice: “La impotencia de Dios es el reconocimiento de mi impotencia”. ¿Por qué? Porque Dios ante mi impotencia reconocida, no me puede negar nada; porque entonces se despierta toda su paternidad. Si me encuentra bien, como ese fariseo que rezaba en el templo diciendo que había hecho todo y cumplido todo, no tiene nada que hacer conmigo. En cambio, sí con ese publicano, que atrás en el templo, rezaba y reconocía su pobreza. Este volvió justificado a su casa. Esto es lo que persigue Dios; quiere que lleguemos realmente a liberarnos de todo complejo insano que nos pone tensos, que nos hace insoportables, que nos hace conflictivos, que nos hace poco amables, orgullosos. “Bienaventurados los mansos de corazón...” El orgulloso no es manso de corazón. “Vengan a mí los que están cansados y agobiados, porque yo los aliviaré...” “Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón...”

Todo esto es lo que Dios quiere sacar a flote en nosotros y por eso, muchas veces nos remece y nos da golpes. Él quiere que nos centremos en lo definitivo, en lo verdaderamente valioso. No en la fama, ni en el reconocimiento, ni en el qué dirán, ni en la apariencia. Quiere vernos libres de buscar ese reconocimiento; quiere vernos felices de ser sus hijos.

#### **1.2.8. Dios quiere vernos felices de ser sus hijos.**

La mayor felicidad de ustedes es que sus hijos sean felices. Ésa es la psicología de Dios.

A diferencia de nosotros, Dios sabe que la felicidad de los hijos no es que los llenemos de regalos y que cada vez que se portan bien, reciben un regalo.

Dios quiere que seamos felices y sepamos gozar de lo que a él le causa gozo. Ser felices en el desprendimiento de nosotros mismos, en la libertad. Libertad frente a rencores, venganzas y libertad para amar, para reconocer lo bueno del otro, para el reencuentro, para acercarnos a los otros y no esperar que los otros se acerquen a nosotros y que nos sirvan y que nos reconozcan.

Entre las personas que se aman, creo que casi todos han tenido conflictos como matrimonio y, muchas veces, incluso han estado por separarse. En todo mi trabajo con matrimonios, creo haber conocido sólo un matrimonio que realmente no han tenido conflictos y nunca han estado en crisis. Han tenido otros problemas; Dios les ha pedido cosas muy difíciles pero siempre las han enfrentado juntos. Y siempre se ven juntos, siempre se ven firmes. A veces Dios les ha pedido quemar las naves y emprender

cosas que humanamente son difícilísimas, pero han sabido salir adelante. Nunca han perdido el centro, lo verdadero, lo que realmente hace felices.

Cuántos matrimonios se conflictúan y cuántos no solucionan sus conflictos; cuántos se hundan con esos conflictos y ni siquiera tienen el valor de enfrentarlos, de sacarles la costra, de limpiarlos, de purificarlos, de sanar la herida y de hacerlo juntos; y descubrir otro nivel. Dios permite estos conflictos para hacerlos más semejantes a Dios porque... “si ustedes aman a quienes les hacen bien, a sus amigos, también esto lo hacen los paganos...” Pero ustedes están pidiendo a su esposa, a su esposo, la perfección... Aprendamos a amar como Dios, seamos capaces de perdonar de corazón... Constantemente rezamos: “Perdona nuestras ofensas, porque nosotros perdonamos a los que nos ofenden...” No se trata de que no haya ofensas; hay ofensas pero perdonemos para gozar verdaderamente lo que causa gozo a Dios. “Hay más gozo en el cielo por un pecador que se convierte que por 99 justos...” El Señor deja las 99 ovejas en el corral y sale a buscar a la que se perdió y se la pone en los hombros. Y esa ovejita experimenta mucha más el cariño, la cercanía del Buen Pastor.

Esto es lo que Dios quiere que hagamos con nuestros cónyuges. ¡Qué negativo es estar siempre renegando, exigiendo que el otro cambie, que el otro me sirva, que el otro haga tal o cual cosa...! Esto es destructivo. Dios quiere el perdón, la misericordia, en definitiva, lo que es él y lo que le causa el mayor gozo.

### ***1.2.9. Quiere conducirnos a un grado de gloria que él sólo conoce y que por eso es misterioso.***

Esto es un tanto más complicado de entender.

Nosotros siempre miramos la tierra y vemos nuestra felicidad en este recinto. No tomamos el peso que todo esto es pasajero. No creemos que esto es pasajero; hacemos de todo lo terrenal un absoluto.

Dios está pensando en lo definitivo y quiere conducirnos a cada uno de nosotros a un grado de perfección, de gloria, de gozo eterno que debemos aspirar y merecer y Dios nos va a buscar siempre para llevarnos a esa altura, a ese grado.

Hay muchas cosas que aquí en la tierra muchas veces no entenderemos y que sólo entenderemos en otra perspectiva. Haremos todo lo posible por entenderlo, y tenemos que hacerlo, pero hay cosas que aquí en la tierra nunca las vamos a descifrar totalmente.

El P. Kentenich usa una imagen muy gráfica. La imagen de la alfombra. Nosotros miramos la alfombra por abajo, donde aparece un enredo de lanas. Tenemos que contentarnos en el claroscuro de la fe que nos dice que todo tiene sentido, que Dios sabe por qué ocurren las cosas. Muchas veces tenemos que dar un salto en la fe y decir: Señor, tú sabes, no entiendo, pero tú sabes. Quizás en el cielo lo entenderé... Cuántas veces nos pasó algo en la niñez que sentimos muy negativo y muy difícil y, después, con el correr de los años, pensamos que si eso no hubiese sucedido, no estaría donde estamos... Si no hubiese tenido ese problema, qué hubiese sido de mí... Seguramente ustedes tienen alguna experiencia de cosas incomprensibles y que a lo largo de los años, se dio cuenta cuán sabio fue Dios al permitir eso.

## **2. Trabajo de reflexión**

Haremos ahora un trabajo como matrimonio, como parejas, reflexionando lo siguiente:

1. Qué bien puede sacar cada uno de un problema que han identificado.

Quizás ambos tienen el mismo problema. Analícenlo, véanlo, analícenlo, récenlo hasta que descubran qué quiere el Señor con esto. Qué bien pueden sacar de este problema.

Quizás no lo lograrán ahora. Es una tarea para adelante, no sólo para este momento. Pero tenemos que empezar.

Por favor sin conversar con nadie. Si lo hacemos, significa que no podemos enfrentar nuestra realidad y una manera simple para escaparse es conversando con los otros.

## **Quinta Charla**

### **El verdadero sentido de nuestras cruces**

No tenemos que descansar hasta que encontremos qué bien podemos sacar de una situación problemática, negativa, difícil. No podemos darnos por vencidos. No somos ni derrotistas ni elitistas; somos personas que realmente queremos crecer interiormente y crecer en el mejor sentido, para ser felices.

En la medida en que encontramos el sentido de los problemas, ya gran parte de ese problema se va solucionando. Luego, habiendo descubierto el sentido de ese problema, tenemos que ir cooperando con ese Dios que nos está haciendo crecer, que nos ha enviado ese problema para que, en lugar de derrotarnos, nos sirva para crecer. El P. Kentenich tiene otra imagen de estos problemas: Las piedras que nos lanzaron para derrotarnos, nosotros las usamos como peldaños para subir, para escalar. Esa actitud es la que queremos conquistar.

Hay una razón de bien, un provecho, un sentido que no podemos obtener con un raciocinio, sino que simplemente con una actitud de fe. Es algo que Dios nos entrega a través de la revelación. Es el sentido del dolor como lo vivió el Señor.

Cuando pensamos en un defalco, en la traición de una persona, podemos identificar las causas de ello y puedo decir que la culpa fue tal o cual persona o mía. Sin embargo, hay dolores en los cuales no podemos decir que la culpa es mía o del otro. Son culpas que, sin duda, son producto del pecado y que Dios no quiere esas situaciones para mí pero sí quiere que nosotros las tomemos y las aprovecharlas como el Señor tomó y aprovechó su cruz. Él no cometió pecado, no merecía ninguna injuria, ningún dolor, ningún azote, ningún sufrimiento. Sin embargo, asumió el dolor dándole un sentido. Esto es difícil.

#### **1. El por qué de la pasión y muerte de Cristo en la cruz**

En la Biblia leemos que Dios quiso enviarnos a su Hijo como propiciación por nuestros pecados y que él nos redimió por la cruz. Su camino es un camino no humano; pero tiene un sentido. El Verbo de Dios se encarnó y ese Verbo viene a redimirnos. Es algo incomprensible. Nos viene a redimirnos, en nombre de Dios y haciéndose representante nuestro. Y él podría haber dicho simplemente que nuestros pecados sean perdonados; que él venía en nombre de Dios y que nos liberaba de todo mal... Podría habernos condonado nuestra deuda y quedarnos en paz... Pero no lo hizo así. Al contrario. Él asumió en su vida, en su propio cuerpo, aquello que nosotros debieron sufrir por nuestros pecados. Él ofreció a su Padre una expiación por esos pecados que nosotros cometimos y cometemos. Algo insólito! El Señor, que no tiene pecado alguno, dice san Pablo, se hizo pecado por nosotros. Asumió el cúmulo de miseria, de maldad de toda la humanidad, la hizo suya y ofrece el sacrificio de su pasión y muerte en cruz

para redimirnos de ese pecado. Si sopesamos esta decisión de Cristo, vemos que está fuera de todo cálculo humano; nosotros no lo hubiésemos hecho así.

¿Por qué Dios lo hizo así, por qué quiso hacerlo así, para qué? ¿Qué vemos detrás de todo este plan de redención? ¿Por qué Cristo no derramó sólo una gota de su sangre y todo hubiese sido redimido...? ¿Por qué así si él es Dios todopoderoso y cualquier acto suyo tiene un valor infinito...? ¿Por qué un sacrificio tan tremendamente fuerte...? La película *La Pasión* nos describe este sacrificio en forma muy impactante. Sin embargo, el sacrificio de Cristo es esto y más que esto... ¿Y por qué, para qué este sacrificio...?

Sólo la fe puede darnos respuesta a estos interrogantes. Cristo quiso redimir nuestro pecado de esta manera por algo a lo cual nosotros no damos mucha importancia. Él quiso *expiar* nuestros pecados.

Actualmente, *la expiación* casi no existe. Nadie habla de expiar los pecados, de ofrecer un sacrificio de expiación. La Misa misma es la renovación de ese *sacrificio de expiación*.

¿Qué es la misa para nosotros? Es reunirnos para rezar, para escuchar la Palabra del Señor, compartir el Pan. Pero no pensamos que la Misa es la renovación de un *sacrificio de expiación*, por el cual el Señor se ofreció como víctima para *expiar nuestros pecados*. Sabemos esto pero no tiene mayor incidencia en nuestra vida. La Misa puede ser un momento muy grato donde podemos escuchar una buena prédica, donde compartimos y nos encontramos con nuestros amigos... Pero no tomamos conciencia de que la Misa es el momento donde se renueva ese sacrificio de expiación de Cristo por nuestros pecados y que él quiere que nunca perdamos esto de vista, que nunca dejemos de renovarlo. Porque él mismo nos dijo: Hagan esto en memoria mía; este sacrificio donde doy la vida.

Nuestra incorporación en la misa significa incorporarnos en ese sacrificio de expiación, de entrega de Cristo y nos ofrecemos con él. San Pablo nos dirá: Yo completo en mi carne lo que falta al sacrificio de Cristo.

¿Por qué Cristo se ofreció así, por qué quiso padecer la cruz, despojarse de toda su gloria y aceptar una muerte de cruz...?

## **2. La realidad del pecado**

En el pecado hay dos cosas. Una es el mal que hacemos por el pecado y la otra, que es el alma del pecado, que es la desobediencia.

Un ejemplo: ustedes tienen un hijo adolescente que insiste a sus papás que le presten el auto pero ellos se lo niegan porque no tiene la edad para hacerlo. Sin embargo, un día este hijo saca el auto y, desgraciadamente, tiene un accidente: pasa a llevar a una persona y le causa la muerte... ¿Qué ha sucedido? El hijo cometió una acción mala; chocó el auto, atropello a una persona, causándole la muerte. Hay un acto de desobediencia al papá, ese hijo ignoró totalmente la voluntad del papá. Éste es el pecado, ésta es la gravedad del pecado.

Si ustedes dan un empujón a una persona en la calle, hacemos un mal. Pero si esa ofensa se la hacen a su cónyuge, la gravedad de esa misma ofensa es diferente a la que le hicieron a esa persona de la calle. Aquí se trata de una ofensa que hiere a una

persona que merece el mayor cariño y el mayor respeto de ustedes. Así se mide la gravedad del pecado.

Por el pecado, nosotros ignoramos totalmente lo que Dios nos pide, lo que él nos dice que tenemos que hacer para nuestro bien, al igual que lo que dicen los padres a sus hijos. Muchas veces, al igual que los hijos respecto a sus padres, nosotros desobedecemos lo que Dios Padre nos dice que debemos hacer, y por nuestro bien. Hacemos lo que queremos y que es algo que, en el fondo y a la larga, nos hace daño. La causa es porque no hacemos lo que el Padre Dios quiere para nuestro bien y él no me obliga a hacer su voluntad. De esta manera ofendemos a Dios, le damos la espalda, ignoramos lo que él quiere y nos pide para nuestro bien. En esto consiste el pecado. La mayor gravedad está en haber dado la espalda a Dios.

### **3. Cómo reparamos el pecado**

Cómo expiamos el pecado, cómo reparamos la ofensa que implica el pecado, cómo nos reconciamos con la persona a quien hemos ofendido.

No basta con decir a la persona que nos perdone. Esto no vale. Tenemos que arrepentirnos y darnos cuenta, tomar conciencia de haber desobedecido. Luego pedir perdón y reparar esa ofensa. Y demostrar la voluntad de cambiar, demostrar la intención y la decisión de ser más dócil a la voluntad de la otra persona.

Esto es lo que debemos hacer también respecto a Dios cuando hemos desobedecido su voluntad. Tomar conciencia de que lo que Dios nos pide es para nuestro bien y por eso decidimos a cambiar. Nos reconciamos con Dios Padre, le pedimos perdón y le ofrecemos una reparación.

Si hemos ofendido a nuestro cónyuge y tomamos conciencia de esa ofensa, pedimos perdón pero tenemos que demostrarle en hechos que nuestro comportamiento posterior no será igual; cambiaremos nuestra conducta, que repararemos ese mal que hemos hecho. Debemos demostrar, de muchas formas, nuestro cariño para remediar y reparar aquella ofensa que hicimos a esa persona que queremos.

Esta es la reflexión que debemos hacer frente a nuestras ofensas a Dios Padre. Dios nos ha creado, nos regala su creación, nos dice que somos los reyes de esta creación.

Por una desobediencia entró el pecado a la humanidad y las ofensas a Dios. Hay un cúmulo constante de desobediencias al Padre Dios. Y, con razón, Dios reclamará a su pueblo escogido cuando se aleja de él. Dios llama, escoge un pueblo y hace alianza con él. Y le entrega las leyes de su conducta de su actuar. Se las entrega a Moisés. Y este pueblo elegido, una y otra vez, cae, es infiel, desobedece a Dios, profana el nombre de Dios. Y Dios, una y otra vez, reclama a este pueblo por su conducta, por haber sido infiel a la alianza que él quiso sellar con él. Y Dios, una y otra vez, busca a ese pueblo, perdona sus ofensas y quiere que vuelva a ser su pueblo.

Nosotros, cuando hemos desobedecido a Dios, hemos profanado el nombre de Dios. Y cuando nos arrepentimos, nos decidimos a dignificar nuevamente ese nombre de Dios, a santificarlo, cambiando de conducta.

Ésta es la lógica en la cual tenemos que entrar después de ofender a Dios.

### **4. Dios envía a su Hijo a redimir el pecado**



Cuando Dios ve que la humanidad no quiere escucharlo, no quiere escucharlo a pesar de su fidelidad en buscarlo una y otra vez, nos envía a su Hijo a redimirnos. Porque siente que su mismo Hijo debe venir a buscarnos, a expresarnos su voluntad, a asumir aquello que nosotros debíamos hacer frente al Padre Dios.

Él vino a demostrarnos su obediencia total, absoluta frente al Padre Dios, una obediencia hasta la muerte para el perdón de las desobediencias, de las ofensas hechas al Padre Dios. Por su obediencia filial, Cristo nos mereció las gracias de la redención.

Ésta es la lógica de la redención.

Cristo viene, se encarna en el seno de María, se hace hombre y vive durante 30 años en una familia. Lo que le importa es la vida normal, la vida en familia, la convivencia familiar, en la vida sencilla, en la vida cotidiana de una familia. Ciertamente los criterios de Dios son otros. Esto es lo que vale a sus ojos.

Más tarde, a los 30 años, Jesús siente que debe salir a predicar y demostrar quién es el Padre Dios, hasta que entendamos quién es Dios, cuál es su voluntad para con nosotros, cuál es el sentido de nuestra existencia, cuál es su plan de salvación.

Jesús muestra su obediencia al Padre Dios, da testimonio de la verdad, da a conocer el nombre de Dios que es Padre. Él hace lo que el Padre quiere, la voluntad del Padre. Y lo hace arriesgando su vida. El pueblo lo rechaza y terminan crucificándolo. Cristo ofrece ese sacrificio al Padre como expiación de aquello que nosotros debimos expiar. Él asume todo. Cristo asume nuestros pecados, nuestras ofensas a Dios. Éste es el acto de redención que nos merece ser plenamente hijos de Dios en Cristo Jesús.

##### **5. Jesús pide nuestra colaboración en su plan de redención**

El Señor realiza el acto de redención en una forma muy especial. No lo hace solo. Él quiere tener a María, a una persona humana, junto a sí. Él quiso hacernos partícipes en su redención. Él asume todo por nosotros, pero él quiere considerar que somos personas libres y, por lo tanto, nos pide que nosotros nos unamos a este acto de redención y pongamos nuestra parte en ese plan. Y nuestra participación tiene valor porque él está detrás de todo este plan. Cristo no quiere regalarnos los frutos de su plan de redención si nuestra participación, porque él nos estima como personas humanas, como personas dignas, como personas libres, capaces de redimir, como él. Redimirnos nosotros mismos y a los demás.

Cristo no realiza su plan simplemente solo. Él tomó la delantera, él dio el paso central, hizo aquello que tiene un valor infinito, pero no nos dio todo hecho. Nos pidió entregarnos a él en su sacrificio, en su entrega, en su sacrificio, en su obediencia. Y para demostrarnos este deseo suyo, de participar en su sacrificio, eligió a su Madre, a María, como Compañera y Colaboradora en su plan de redención. Y la hizo Co-redentora de tal manera que, cuando él ofreció su sacrificio de expiación al Padre Dios, él asumió lo que María le entrega de su dolor, de su com-pasión, de ese padecer con él y le ofreció al Padre Dios no sólo su entrega, su sacrificio, su inmolación, sino también el sacrificio, la entrega de María.

Jesús nos dice a cada uno de nosotros que quiere tenernos a su lado al igual que María. Él quiere que cooperemos, que tengamos la dignidad de redimirnos a nosotros

mismos y de redimir a otros. Él no quiere aplicar las gracias de la redención que él ha merecido sin nosotros, sin cada uno de nosotros. Él no quiere darnos sus gracias simplemente, sin nuestra cooperación. Él quiere que tengamos la dignidad de participar con él en la redención. Éste es el sentido de la existencia de la Iglesia, el sentido de nuestra existencia. De lo contrario, no tenemos sentido como cristianos. Somos un pequeño pueblo, un puñado, una pequeña grey, pero a nosotros se nos ha dado conocer este misterio y el incorporarnos en este misterio.

## **6. Nuestras cruces**

Volviendo a nuestra vida matrimonial. Podemos tener muchas cruces. El Señor quiere nuestra cooperación, nuestra cruz. ¿Las ofrecemos con Cristo al Señor?

¿Cuántas cosas injustas hemos sufrido? Cosas que se dicen de nosotros; cosas que padecemos, que sufrimos. Ésta es la materia de nuestra ofrenda, de nuestra entrega... Si el Padre quiere que hoy no tengamos trabajo, que no tengamos salud, lo ponemos en la patena del Sacrificio de la Misa. Si el Padre quiere que acabemos con el rencor, con la desconfianza, y entreguemos nuestro perdón de corazón, lo ponemos en la patena. Todo lo que el Padre quiere, todo lo que él nos pide lo entregamos y lo asumimos con Cristo y lo entregamos al Padre. Y sabemos que eso nos redime a nosotros mismos y que redime a nuestro cónyuge, redime a nuestros hijos. Cada uno nos hacemos con Cristo, redentor, co-redentor. Y Cristo nos transforma, como a María, en mediadores de las gracias. María es Medianera de las gracias. Así como ella estuvo junto a la cruz, junto al Señor, también está con él para repartir las gracias que Cristo nos mereció. Así también lo hacemos nosotros. Somos co-redentores, como María, y somos mediadores de las gracias.

Si nosotros no entramos en esta hondura de lo que significa la redención, nunca solucionaremos nuestros conflictos, nuestros problemas, nuestras cruces, desde la raíz y en todas sus ramificaciones.

Vamos a leer algo del Evangelio:

El Hijo del hombre le dijo: “He de sufrir mucho; ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; ser condenado a muerte y resucitar al tercer día. El Hijo del hombre debe sufrir mucho”.

Cuando Jesús elige a san Pablo, le dice: “Yo le voy a demostrar cuánto debe sufrir por mí”. Lo mismo que nos dice a cada uno de nosotros. A cada uno de nosotros el Señor nos pregunta si le regalamos nuestros sufrimientos para ponerlos en su cruz, o si, por el contrario, queremos angustiarnos, queremos desesperarnos, queremos rebelarnos, despotricar contra los otros... Lo único que nos pide es ser fiel al plan del Padre Dios, ser fiel a lo que Dios quiere, estar centrados en su voluntad. Y si nos llegan cruces y sacrificios, bienvenidos sean... Porque de esta manera, podemos cooperar más en la redención junto al Señor.

San Pablo dice: “La palabra de la cruz es locura a los que se pierden, pero a los que se salvan, esto es a nosotros, es poder de Dios”. Es decir, el Señor nos redimió en la locura de la cruz, en la ignominia de la cruz. “Pues está escrito: destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé el entendimiento de los entendidos”.

¿Dónde está el sabio, dónde está el escriba, dónde está el disputador de este siglo?  
¿No ha hecho una locura la sabiduría de Dios? Es decir, ¿no ha enloquecido Dios la sabiduría de este mundo? ¿No ha tirado por el suelo Dios, este orgullo, estas seguridades, estos brillos, con la locura de la cruz?

Éste es el plan que es difícil de entender, pero si nosotros no entramos en él, no entramos en el núcleo de la redención, del ser cristiano. Y nos quedamos con la idea de un cristiano aguado.

Y sigue san Pablo: “Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación”. Y en otro lugar, san Pablo dice que si nosotros hubiésemos mirado sólo la creación, habríamos creído en Dios. Si los hombres hubiesen aprovechado su sabiduría, su ciencia; si hubiesen mirado lo que es la maravilla de lo que son las galaxias, todas las maravillas de la creación, habrían creído en Dios... Y agrega san Pablo: “Pues los judíos siguen señales y los viejos buscan sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, los que ciertamente para los judíos es un escándalo y para los gentiles, locura, Mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios,. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres”.

Es decir, el que nosotros tengamos a un Dios crucificado es una locura, una insensatez a los ojos del mundo. Porque no ve esta trama interior, la gravedad del pecado, el sentido del pecado; no sabe lo que es una ofensa ni siquiera en el plan humano...

“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos ni muchos nobles, sino que lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios, a lo débil del mundo escogió Dios para avergonzar a los fuertes. Y lo vil del mundo y lo menospreciado y lo que no es para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia. Mas, por gracia de Dios, estáis vosotros en Cristo Jesús. Es para llegar a ser para nosotros sabiduría, justificación, santificación y redención”.

Aquí está nuestra vida. Dios eligió la nada de este mundo. Hemos hablado de varias *nadas*. Cada uno trata de salvar su propio yo, que se le reconozca, que se le rinda pleitesía, que se le alabe... Sin embargo, la lógica de Dios es otra.

¿Qué pasa cuando uno de nosotros está en una situación de denigración, de pobreza, de cruz? En ese momento brilla en nosotros lo más grande que tenemos. En ese momento estamos plenamente en Dios y sólo en Dios, muchas veces. Entonces podemos irradiar una paz, un gozo, una alegría, una tranquilidad que el mundo no conoce. Porque Dios se manifiesta en eso. Y por eso no nos amargamos, porque estamos en las manos de Dios. Y si Dios quiere esta situación, la asumimos, se la entregamos, se la ofrecemos con gusto. Y si estamos alegres de poder cooperar en algo con el Señor. Bienaventurado somos porque tenemos tal aguijón en la carne, que tengo esta dificultad... Parece extraño al mundo... pero simplemente estamos siendo lo que debemos ser. Y por eso somos felices y nadie nos puede quitar la felicidad. Los mártires morían cantando, algo absolutamente inexplicable...

Cuando vemos a una persona enferma Terminal que ha asumido la cruz en su enfermedad, vemos que sus ojos brillan y lo entendemos. Esa persona sabe de qué se trata, no es una persona destruida, no necesita suicidarse...

Éste es el camino que realmente nos soluciona las cosas. La razón de la vida. Es lo que nos da la posibilidad de enfrentar, de aceptar y de solucionar las cosas más inverosímiles, más ignominiosas que hay.

Recordemos que el P. Kentenich fue separado catorce años separado de su Obra pro la Iglesia misma, la Madre Iglesia. Y él siempre se mantuvo tranquilo, en paz. No pudo defenderse a pesar de su gran sentido por la justicia, por el sentido de la fidelidad, de la verdad. Siempre permaneció tranquilo porque vivió el sentido de la redención.

Es decir, si vivimos este sentido de la redención, pasamos a ser personas invulnerables, a prueba de todo. Felices con esa serenidad que nadie nos la puede quitar. Tenemos el secreto de la felicidad sabiendo que la felicidad plena viene después, no aquí. Gozamos, no somos masoquistas. También en el dolor tenemos que ser una fuente de alegría, una resurrección.

## **Sexta Charla**

### **Enfrentar las cruces, juntos, como matrimonio**

#### **1. Vivir y enfrentar la vida con el otro**

Hablamos de cómo enfrentar los problemas y mencionamos algunos puntos de apoyo para ello.

Entre estos apoyos mencionamos tener un fuerte arraigo en el Dios de la vida, en la divina Providencia, una cooperación activa nuestra para superar el pasivismo, el fatalismo; un querer hacer solos las cosas, como si fuésemos dioses o los dueños del mundo.

Nosotros queremos cooperar con el Señor, trabajar con él, trabajar con María.

Como un tercer punto de apoyo para enfrentar nuestras realidades más difíciles mencionamos el *trabajar unidos, como matrimonio*.

Nosotros no nacimos para estar solos sino para estar con otros, para pertenecer a otra persona, para una comunión, para estar en una comunidad. Nosotros no nos entendemos sin la comunidad; nadie puede hacer su vida solo. Esto es imposible. Siempre tenemos que hacer nuestra vida con otros, de otra manera seríamos autistas, aislados, centrados, ensimismados en nosotros mismos.

Cuando ustedes se casaron, dieron una respuesta muy concreta, muy real a este *no querer estar solo*, de este *no querer hacer la vida solo*: *Quiero hacer mi vida contigo*. Ésta fue la decisión fundamental que ustedes asumieron cuando contrajeron el matrimonio. Es decir, se dijeron uno al otro: Yo no entiendo mi vida sin ti.

Recordamos en una charla un antiguo proverbio: ¡Ay de los solitarios! Nosotros no somos solitarios; quisimos ser una sola carne, uno solo. Desde el momento en que se casaron, nunca pueden decir: yo haré esto porque lo quiero simplemente, porque así lo pienso, porque me da la gana... No pueden decirlo porque estarían siendo infieles a un compromiso básico en que expresaron: Yo no quiero hacer nada sin ti...

No se trata de hacer todas las cosas juntos, pero se trata de participar en las decisiones, en las luchas, en los problemas, en las inquietudes de cada uno, porque se necesitan mutuamente. Cuando esto se debilita, se da el mejor caldo de cultivo para los problemas. Así, viene un fracaso económico, y cada uno lo enfrenta como mejor puede, sin la participación del otro. El matrimonio empieza a flaquear y se deshace...

La actitud para enfrentar este fracaso debiera ser reconocerlo y asumirlo como *nuestro* fracaso, enfrentarlo juntos, vivirlo juntos y salir adelante juntos. Así enfrentado, este fracaso que, al ser enfrentado de otra manera, podría haber terminado en una disolución del matrimonio, en una ruptura, se convierte en un motivo de mayor unión, de mayor conciencia de comunión, de unidad.

Esto que es tan básico, de repente lo perdemos de vista. Sobre todo, no implementamos el camino concreto para asegurarlo, porque partimos con una ilusión muy grande.

Cuando se casaron, no existía nadie más que ustedes dos. Sin embargo, después vienen los hijos, e trabajo, otras obligaciones y empezaron a darse cuenta de la dureza de la vida. La vida que tuvieron mientras estudiaban en la universidad, al casarse, la mayoría de las veces, se acaba y, a la larga, muchas veces, termina en vidas paralelas.

Conocemos muchos casos de matrimonios que se separan después de treinta años, y no por una actitud interior de los cónyuges sino por la preocupación de los niños, por el trabajo, etc., y fueron separándose interiormente. Ya no hubo más comunicación, no sabían qué pasaban no sólo en las actividades de cada uno sino que en el corazón del otro. Muchas veces entre los cónyuges existe un noticiario muy fluido, pero de cosas exteriores, informaciones de lo que pasa exteriormente, pero no de lo que sucede en el corazón del otro, de sus sentimientos, de sus temores, de sus sueños. No lo hacen por las circunstancias exteriores y porque el ambiente facilita la destrucción de la relación armónica interior de ambos cónyuges. Desde el uso del televisor a miles de otras cosas, todo juega en contra de la unidad de corazones la corriente separatista, individualista, de vidas paralelas que vive todo el mundo arrastra, a no ser que haya una voluntad y un buscar muy conscientemente esa unión.

¿Cuál es nuestra realidad? Si nuestra realidad es ésta, difícilmente podremos abordar los problemas que tenemos como matrimonio, de cualquier orden que sea. Porque hemos perdido el hábito de trabajar juntos, de informarnos mutuamente, de compartir nuestras penas y dolores y nuestros esfuerzos. Hemos perdido este hábito y hacemos vidas paralelas. Y si viene un problema que nos afecta a ambos, no sabemos cómo abordarlo entre los dos. Porque no tenemos el sistema, la ocasión, el tiempo... porque estamos preocupados por los niños, por el apostolado, por los amigos, por el deporte, por la telenovela, etc.etc., menos del uno por el otro.

Los otros dos puntos de apoyo, vivir en Dios, trabajar con Dios, no resultan si enfrentamos la realidad solos, cada uno por su lado. Porque son uno y están llamados a ser uno.

¿Cómo está nuestra relación? ¿Estamos trabajando juntos nuestro matrimonio?  
¿Estamos solucionando juntos nuestros problemas? ¿Tenemos propósitos, acciones juntos?

Creo que no debiéramos salir de este retiro sin saber concretamente qué queremos realizar como matrimonio. De lo contrario, podemos caer en una vida paralela.

## **2. Necesidad de dialogar y conversar como matrimonio**

Como matrimonios, tenemos una gracia inmensa y que muchas veces no aprovechamos. Por el sacramento del matrimonio, tenemos la seguridad de que contamos con la gracia necesaria para entendernos, para sernos fieles, para comunicarnos, para ser uno en la vida. Dios nos ha regalado esa gracia. Así como creemos que Cristo está en la Eucaristía para nosotros pero si no lo visitamos, si no nos alimentamos de su Cuerpo, no nos sirve, así también sucede con la gracia del

sacramento del matrimonio. Tenemos esa gracia, está a nuestra disposición, pero si no la aprovechamos, no nos sirve. Esa gracia está asegurada al matrimonio, Dios es fiel, pero si no ponemos nuestra parte, no nos sirve.

### **2.1. Fijarse un tiempo concreto:**

Normalmente, en Schoenstatt pedimos a los matrimonios tener un tiempo para los dos, al menos una vez al mes. Un tiempo exclusivo para los dos, como matrimonio; y que siempre sea el mismo día, a la misma hora de tal manera que se cree un hábito, una costumbre. Puede ser, por ejemplo, que sea el último domingo de cada mes, en la tarde. Y en ese momento están sólo el uno para el otro, para conversar sobre lo que ha pasado en el mes, en qué está cada uno, si han avanzado o no en los proyectos, en los propósitos; por qué si, por qué no... Es el momento, el tiempo para conversar, para dialogar más a fondo, más en serio, sobre cada uno. También, en este momento, nos preparamos para el mes siguiente.

De otra manera, la corriente separatista, individualista, secularista, de incomunicación que es tan fuerte, nos arrastra y caemos en lo que todos los matrimonios caen. Tenemos que crear un estilo para enfrentar esta corriente.

¿Será mucho si nos exigimos encontrarnos una vez al mes? Es difícil, pero si no estamos dispuestos a ello, si no creamos un sistema, un hábito, una costumbre, un ritmo de trabajo, juntos, como matrimonio, el activismo actual nos succionará y siempre nos justificaremos con que no tuvimos tiempo. No dudamos que lo queremos hacer, pero se trata de hacerlo concretamente... El camino que lleva al infierno está tapizado de buenas intenciones... Todos tenemos buenas intenciones, pero nos falta la voluntad y decisión para fijarnos un control concreto. No existe ningún negocio sin control, sin revisión. Si no controlamos ni revisamos la producción de nuestra empresa, no podemos saber cómo va y podemos llegar a la quiebra sin darnos cuenta, nos sobregiramos, etc. Esa sabiduría tenemos que aplicarla en nuestra vida espiritual y en nuestra vida matrimonial.

Digo que es muy difícil hacerlo por la experiencia que he tenido en este campo. He visto muchos matrimonios que dicen estar dispuestos a hacer esta práctica, pero se quedan en las buenas intenciones.

### **2.2. Tener la convicción de trabajar juntos:**

Ésta es una práctica que nadie nos obliga a hacer. Se trata de que nos convenzamos realmente que es necesario y que estemos dispuestos a practicar y que actuemos. Si no tenemos *la convicción* de querer realmente trabajar juntos, que queremos tener una unidad de corazones fuerte, profunda; que queremos ser uno con comunicación, con diálogo, con contacto, con intercambio; con planes, con trabajos juntos, no lo lograremos. Pero si tenemos *esa convicción*, tenemos que hacer algo concreto.

### **2.3. Renunciar a ciertas cosas**

Para llevar a cabo esta práctica, tenemos que dejar algunas cosas. Tenemos que *crearnos un estilo pero realistamente*. Tenemos que trabajar en serio y realistamente. Este estilo no se logra sin trabajo, sin renunciaciones.

Éste es, ciertamente, un trabajo tremendamente gratificante. Cuando llegue el momento en que los hijos empiezan a irse del hogar, se darán cuenta que tendrán muchas más oportunidades de pasarlo bien como matrimonio porque tendrá una costumbre, un hábito de pasarlo bien juntos.

Recuerdo un matrimonio que vivía en Estados Unidos. Tenían muchas actividades de apostolado, de organizar actividades, etc. Y cuando los hijos partieron de la casa, se separaron y al año, uno de ellos ya estaba casado. ¿Por qué? Porque habían llevado una vida paralela; habían vivido juntos pero separados interiormente, porque habían dejado de ser un solo corazón y una sola alma, porque habían descuidado la unión interior, habían descuidado y dejado de proteger lo más valioso, aquello que les dio origen, aquello que los llevó a decirse mutuamente: soy todo tuyo, nos pertenecemos mutuamente.

#### **2.4. Tomar la decisión y ayudarse mutuamente:**

Crearse un estilo para proteger lo más valioso no es nada de fácil. Porque el atavismo de costumbres individualistas, de ir cada uno por su lado, de no cultivar el diálogo, el intercambio, la comunicación, de no tener propósitos, de no revisar estos propósitos, es demasiado fuerte. Requiere tomar una *decisión muy grande* y requiere también de *la ayuda mutua*. Cuando uno de los cónyuges es más fuerte que el otro, tiene que ayudar al otro más débil, pero no con regaños, echando en cara, sino para conquistar, para entusiasmar al otro, de ganarlo con el cariño.

Hay maneras y maneras de reclamar. Rezongar y rezongar no sirve para nada. Si vencemos el mal con el bien, sí que tenemos posibilidades, porque el cariño y el amor todo lo puede. Por ello, tiene que haber cariño y expresiones de cariño, una entrega de cariño de aquel que está seguro, que está mejor, que está más fuerte, para ganar al otro. Tenemos que pedir y ofrecer de nuestra parte apoyar al más débil y para que Dios y la Mater nos ayuden y apoyen a quien está más débil y podamos lograr aquello que nos cuesta tanto y que a uno de los dos quizás le es más fácil.

Así vamos creciendo y ayudándonos mutuamente. Quizás en otro tiempo, los papeles se cambian; y el que estaba más débil ahora es más fuerte y viceversa. Ésta es la gracia del matrimonio; caminan siempre juntos. Y una vez cojeará uno, y en otro tiempo será el otro. Pero caminan juntos y con la gracia del sacramento del matrimonio todo es posible.

Ésta es la gracia propia del sacramento del matrimonio y que no tienen los que han elegido el celibato, por ejemplo, los sacerdotes, las personas consagradas. Por eso, los matrimonios deben aprovechar esta gracia; deben vivir esta gracia del sacramento del matrimonio. Nosotros, los sacerdotes, tenemos otra gracia propia del sacramento del sacerdocio y tenemos que ser fieles a esa gracia. Tanto la vocación al matrimonio como al sacerdocio, se decide en el esfuerzo que hacemos, en la consecuencia de vida que tengamos. Podemos terminar siendo un mal sacerdote o un mal matrimonio si no somos fieles a nuestra vocación, pero todos contamos con una gracia especial. Y nosotros, que somos schoenstatianos, contamos además con las gracias del Santuario, de la Mater.

Por lo tanto, ¿dónde se decide la fidelidad a nuestra vocación? En nosotros, en nuestra cooperación a esa gracia que se nos da y en nuestra decisión de esfuerzo y de



sacrificio que requiere nuestra cooperación con la gracia. Porque cortar el televisor para escuchar y dialogar como matrimonio, significa un sacrificio. Tengo que dar la preferencia a mi cónyuge, a mi matrimonio. No importa un partido de football del final del mundial... Quizás esto es más difícil... Pero tenemos que dar este paso, decidimos y sacrificarnos.

### **3. La ayuda comunitaria**

La ayuda comunitaria de nuestros grupos también es algo significativo. Un matrimonio solo, que pretenda salir adelante con un nuevo estilo, es super difícil. En cambio, si somos varios matrimonios que estamos en lo mismo, significa un apoyo inmenso.

Sin embargo, tenemos que cuidar de no estar en un grupo en forma pasiva. No es raro que se de el caso en que, un matrimonio que no anda bien, se refugia en el grupo y los demás matrimonios piensan que está bien e incluso ellos mismos piensan que están bien porque asisten a las reuniones, pero ese matrimonio no está bien y de repente se desmoronan. El grupo pasa a ser una pantalla. Nosotros no queremos que suceda así. El P. Kentenich habla de una comunidad perfecta sobre la base de personalidades perfectas. Queremos una comunidad matrimonial positiva, buena, sobre la base de matrimonios positivos, que se esfuerzan por la santidad.

## Séptima Charla

### Preguntas y comentarios

1. ¿Qué actitud debemos tomar nosotros, los padres, frente a los hijos mayores que ya comienzan a tomar su propio camino, pero que vemos que es el camino incorrecto?

**P. Rafael:**

Ciertamente los hijos son libres de decidir su camino. Los padres son responsables de haberlo educado bien y en esto, muchas veces, hay cosas que tendrían que revisar respecto a cómo los educaron. Cuando ya ha pasado el tiempo de la educación, creo que no sacamos mucho con revisarnos respecto a cómo educamos a esos hijos. Pero si esa experiencia puede ayudar a otros padres a fin de que no cometan los errores que los padres cometieron. Hay cosas que ya no se puede remediar. Pero cuando han tenido una mala experiencia, por los menos pueden hablarles de esa experiencia a sus hijos o a otros familiares, para que les ayude a no cometer los mismos errores y a pensar cómo hay que hacerlo para que tenga buenos resultados.

También puede ser que los padres no tengan culpa frente a ese camino equivocado que toman los hijos. Simplemente será un problema y una responsabilidad de él con Dios. Los padres pueden aconsejarlo, estar dispuestos a acogerlo y ayudarlo siempre, y esto no pueden nunca quitar a sus hijos. Y si ese hijo quiere, los escuchará. Esto es indispensable. Pero si hay una distancia con el hijo, si a él no le importan mucho sus padres y lo que piensan, no los escuchará. Pero si hay una experiencia de cariño, de compañía, de afecto, ese hijo siempre los escuchará, aunque no les haga caso. Muchas veces, el hijo confiará en la experiencia de sus padres.

Si a pesar de esto, ese hijo no cambia su camino equivocado, lo que queda a los padres es rezar por ellos, ofrecer por ellos su oración, su entrega, sus sacrificios, para que el Señor actúe en él. Porque los padres serán siempre sus padres. Ésta es la responsabilidad vicaria de los padres ante Dios. Muchas veces, como padres, no sacan provecho a algo que recibieron en el bautismo. Cuando los bautizaron, les hicieron una señal en la frente diciéndoles: *tú eres miembro de Cristo sacerdote, profeta y rey*. Ese sacerdocio significa que todos los bautizados somos intercesores entre Dios y los hombres; significa ofrecer a Dios un sacrificio para pedir su bendición, para pedir su perdón, para pedir su gracia. Tenemos que ejercer ese sacerdocio como padres respecto a nuestros hijos.

2. Usted dice que el matrimonio siempre tiene que actuar con cariño, con amor... Pero muchas veces, vemos que, al decir las cosas de esa manera, el esposo o la esposa no escuchan cuando se les habla o se les aconseja algo... ¿Qué se hace en esos casos? ¿Es necesario tomar medidas un poco más drásticas, manifestar de otra manera el descontento...?

**P. Rafael:**

Muchas veces hay que hacerlo de otra manera. Cuando se produce un conflicto y vemos que hay un problema y que el otro no reacciona, quizás no hay nada que hacer

en ese mismo momento. Cuando está álgida la situación, le echamos en cara al otro, lo retamos, le reclamamos algo que puede ser justo, no obtenemos ningún cambio en la otra persona. Tenemos que buscar la ocasión propicia. Nunca se da en el mismo momento. Primero, tenemos que conversar eso que nos parece importante y decisivo, pero en el momento adecuado. Seguramente no es en ese momento cuando la situación está álgida. En segundo lugar, tenemos que clarificar nuestra objetividad. Ver si realmente lo que estamos viendo es por pasión, porque estoy ciego, porque estoy ofuscado, porque es un sentimiento, por egoísmo, por resentimiento. Tenemos que clarificarnos respecto a esa situación que sucede y rezarlo. Después le decimos a la otra persona que queremos conversar algo en forma tranquila, sin discusiones, con el deseo de escucharse mutuamente. Hemos rezado y seguramente la otra persona tendrá otra actitud.

Hay matrimonios que hacen esto en forma muy práctica. Cuando deciden conversar algo difícil, se toman de la mano. Quieren estar unidos y quieren decirse lo que sienten, lo que ven. Y cuando uno de ellos habla, la otra persona escucha y luego pregunta: - ¿Lo que me dijiste fue esto? Y lo dice como lo entendió. La otra persona dirá :- Mira, es eso, pero no es todo. Hay algo en eso que entendiste que todavía no has captado; tal vez yo no lo di a entender bien... Y esto hasta que ambos tengan la seguridad de haberse escuchado y de haber entendido... Y frente a esto que dice uno de ellos, el otro podrá decir: - Mira, mi punto de vista es éste, éste y esto otro... Creo que tú tienes razón, o no tienes razón, o tienes algo de razón... Pero no ves esto otro... Así se produce un intercambio con la voluntad de llegar a un acuerdo, a una armonía. Desde el inicio, no podemos perder de vista nuestra voluntad, nuestro querer ser uno y no podemos dejar de serlo por este problema...

Muchas veces así se aclara la situación. Tenemos que llegar a la conclusión de que quizás uno deberá cambiar en esto y el otro, en esto y en esto... Y luego, en un tiempo, juntarse nuevamente para ver cómo le ha ido a cada uno...

Puede ser que no lleguen a ningún acuerdo. Entonces, hay dos posibilidades. Una es darse un tiempo más largo para pensarlo, meditarlo, rezarlo, y luego juntarse nuevamente a conversarlo. La otra posibilidad es ver que si solos no podrán salir adelante, buscan una tercera persona, que sea de la confianza de ambos, que los aconseje. Esta persona puede ser un psicólogo, un sacerdote, un matrimonio amigo... Y con ella tratan de llegar a una salida.

Esto es por lo menos lo que yo les recomiendo a los matrimonios en este caso. Normalmente, no es necesaria la ayuda de un psicólogo. No hay problemas que no se puedan abordar y no se puedan solucionar. A veces hay cargas que deben llevar juntos y la carga compartida es media carga, se hace más liviana, Por ejemplo, si a uno de los cónyuges le va mal en el trabajo, el otro tendrá que compartir esa carga que se hará más liviana al compartirla. Pero hay la decisión de que nada podrá separarlos y que contarán con la gracia de Dios para solucionar ese problema.